Contemporánea

PATRICIO JARA

Prat

Una tragedia

DEBOLSILLO

Índice

Cubierta
Primera parte. Los cuerpos
1
2
3
4
5
Segunda parte. Prat
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
Tercera parte. Aldea
1
2
3
4
5
6
Créditos

Patricio Jara (1974) es autor de las novelas *El sangrador*, *El mar enterrado*, *El exceso*, *Quemar un pueblo*, *Geología de un planeta desierto*, *Antipop* y *Dios nos odia a todos*. También de los libros de crónica *Pájaros negros*, *Pentagram*, *El libro de los tenores*, *Read in Blood* y *South American Joe*. En 2002 recibió el premio del Consejo Nacional del Libro y el Municipal de Literatura en 2014. Es profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Vive en Ñuñoa.

No fear to pay the price
And with this now we die
Ashes to ashes
The ocean crashes

Robb Flynn

Primera parte

Los cuerpos

1

El cuerpo del capitán Prat fue sacado del muelle envuelto en una sábana blanca y luego puesto sobre una carretilla con ruedas de madera. Seguidos por un remolino de curiosos, los dos marineros que lo llevaban hicieron a tropezones el trayecto entre la rampa de descarga y la administración de la aduana, pues al tiempo que esquivaban charcos de agua aceitosa y acopios de trastos de metal, cada vez que se detenían frente a los encordados que les cerraban el camino o pasaban sobre redes pesqueras esparcidas como trampas, también debían ocuparse de quienes intentaban levantar la sábana que cubría el cadáver. Todos querían saber si era verdad que el comandante de la Esmeralda había muerto de un balazo en la cabeza.

Retirar al teniente Ignacio Serrano no les había tomado más de cinco minutos —a lo sumo levantaron de una patada a un perro que le olisqueaba una mano con insistencia—, pero ahora iban a enterar un cuarto de hora sin siquiera cumplir con la mitad del recorrido. Bastó que alguien hubiese anunciado a los gritos que por este lado estaban sacando a los muertos para provocar la aglomeración; y así como en el otro extremo del embarcadero una dotación completa custodiaba el traslado de los prisioneros rescatados tras el hundimiento de la Esmeralda, acá no había más que dos viéndoselas con un tumulto que de pronto los desbordó.

«¡Salgan, carajo, que vamos a disparar!», advertían, pero no hubo caso: la gente no se iba y cada tanto alguien volvía a levantar la sábana para dejar a la vista, si no los botines negros, bien un brazo o parte de la chaquetilla con que habían cubierto el rostro del capitán, un trozo de tela entintada de sangre que lo envolvía desde la nuca hasta el pecho.

«Le han reventado la cabeza».

«Le han dado un tiro en la frente. Muy bien hecho».

«Este fue el cojudo que nos malogró la planta de agua».

«Por su culpa ahí tiene».

La gente que llegó al embarcadero no parecía contentarse con saber que después de horas de combate el Huáscar estuviera intacto. Muchos querían conocer a los sobrevivientes de la Esmeralda, ver las caras de esos calatos que se atrevieron a enfrentarlo. Eran sesenta de los más de doscientos que había en la corbeta antes de la batalla. Casi sesenta, más bien, porque los contaron dos veces y dieron con cifras distintas. Varios estaban heridos. Otros quedaron con los pulmones llenos de agua salada por haber tratado de huir mar adentro cuando del acorazado descendió media decena de botes de rescate.

Mientras algunos iquiqueños no tenían otra intención que abuchear a los vencidos, otros, en especial los extranjeros, optaban por el silencio ante la escena, y con mayor razón cuando desde la pasadera del Huáscar asomó una nueva carretilla, pero ahora, en vez de otro cadáver, los marineros bajaban a un hombre vivo; alguien a quien el dolor hacía lanzar tantas patadas y manotazos bajo la sábana que se necesitaron dos nuevos camilleros para evitar que rodara por la escalinata.

«¡No me toquen!», bramaba, y por momentos dio la impresión de que no se atrevían a tomarlo. Luego se sabría que, más que no atreverse, no sabían por dónde.

El boticario Adolfo Gariazzo escuchó los gritos que venían del embarcadero y apuró el paso entre la multitud. Tanta gente había a esa hora en el muelle que al italiano no le quedó sino abrirse camino a empujones.

«Permiso, señores, por favor», decía con su maletín llevado a la altura del pecho a modo de coraza.

Lo fueron a buscar a su botica pasado el mediodía y desde entonces no había tenido descanso. Pero en realidad Gariazzo tampoco lo tuvo antes, en plena refriega —cuando una granada venida desde los barcos arrancó el letrero de su tienda y otra dejó varios lastimados al arrasar con el depósito de maíz que había un par de casas más allá—, ni menos después, a la hora de atender a los contusos de ambos bandos que dejó el combate de ese 21 de mayo. Eran tantos que todas las heridas le parecían una misma cosa: quemaduras, fracturas expuestas,

mutilaciones de piernas y brazos, ojos pinchados con astillas, traumas acústicos, sofocaciones, crisis nerviosas y una larga lista de padecimientos que no había apósitos ni emplastos capaces de aliviar.

Gariazzo llegó a la bodega del muelle donde habían puesto a los que estaban peor. Al verlo entrar, un grupo de enfermeros se acercó a hablarle y él abrió su maletín para repartir un puñado de vendas y varios frascos con pomadas. Se atropellaban para preguntarle qué hacer en tal o cual caso y Gariazzo respondió como mejor pudo, aunque luego dejó de escuchar y avanzó hacia un marinero chileno que estaba tendido en un rincón. Era el último que habían bajado del Huáscar y aunque tenía el cuerpo cubierto con una manta, la sangre había traspasado la tela. Dos camilleros estaban frente a él. Uno tenía en su mano una botella con desinfectante. El otro estaba de brazos cruzados.

«Déjenme en paz», gruñía.

«¿Cómo se llama?», le preguntó.

«Le están hablando, carajo. Diga cómo se llama», insistió uno de los camilleros, el que estaba de brazos cruzados.

El hombre tenía la visera de su gorra pegada a la frente y daba la impresión de que se quedaría así para siempre, aunque de pronto hizo un esfuerzo por incorporarse, se despejó la cara y abrió los ojos.

«Sargento segundo Juan de Dios Aldea», dijo.

«Con ese nombre no más este cojudo aguanta doce balas en el cuerpo», susurró el camillero que seguía de brazos cruzados.

2

A esa misma hora, a varios metros de donde estaban los heridos, el prefecto Juan Buendía acordaba con el comandante Grau y dos de sus capitanes que los cuerpos de Prat y Serrano fueran llevados a la morgue del hospital y permanecieran allí por esa noche. Si ya había sido mala idea que el Huáscar recalara en ese muelle frente a una multitud, peor resultó exponer los cadáveres de los chilenos a los más curiosos.

«Muy cerca estuvo de perderse el control», dijo Grau.

«Hicimos lo que se pudo. Nadie pensó que tanta gente vendría al muelle», respondió Buendía.

«No me gustaría que esta victoria al final se volviera en nuestra contra. Pronto se sabrá en Chile lo que ocurrió y tendremos que resolver el destino de esos cuerpos».

«Mañana veremos qué se hace, pero no podemos tenerlos guardados por mucho tiempo», fue lo último que dijo Buendía antes de ponerse de pie.

Minutos después se abrió la puerta de la administración de la aduana y los hombres que custodiaban los cuerpos se cuadraron ante el prefecto, luego ante los dos capitanes y finalmente con el comandante Miguel Grau. Los cuatro pasaron delante de las carretillas en completo silencio.

3

Adolfo Gariazzo volvió a ver al sargento Aldea esa misma noche en el hospital de Iquique. La orden de la prefectura había sido llevar hasta allá a los heridos cuando oscureciera y con el menor alboroto posible. Antes de salir de la bodega, el boticario recomendó no mover a Aldea sin antes darle tres medidas de aguardiente mezcladas con una infusión que extrajo de un pequeño frasco de vidrio plomizo. Solo una vez que la bebida hiciera efecto, el traslado en el carro ambulancia podría hacerse con algo de normalidad. De lo contrario, les dijo, los gritos del herido iban a alarmar a todos los vecinos.

Adolfo Gariazzo y su esposa Joana Mazzucco habían llegado a Iquique a mediados de 1876. De inmediato se hicieron conocidos en el puerto gracias a su botica Roma. Especialista en hemostasia y preparados anestésicos, el italiano fue siempre un entusiasta colaborador del precario hospital del puerto, donde al menos una vez a la semana era requerido para algún consejo, donar medicamentos o el préstamo de manuales de cirugía que trajo desde Europa. Gariazzo se conmovía con la pobreza de los pabellones, aunque más le impresionaba la suciedad de la cocina y el desorden con que manejaban lo poco que tenían. Pero él nunca quiso opinar demasiado ni presumir lo que no era. No había estudiado medicina. Lo suyo eran los químicos, los antisépticos, las sales cicatrizantes y por lo mismo solo daba su parecer en caso de que le preguntaran.

Para muchos iquiqueños era un doctor más. Sobre todo cuando lo veían aparecer con su delantal blanco y su mascarilla. Tanto respeto le tenían los soldados de la prefectura y los guardias del hospital que al verlo se cuadraban a su paso.

Gariazzo le había dicho a Joana que volvería a la hora de la cena y ella se esmeró en preparar una cojinova horneada con cebollas. Había sido un día duro y lo menos que podían hacer era comer bien.

Terminó el pescado, se levantó a la cocina y regresó con dos tazas

de té mezclado con canela. También puso un plato con dulce de membrillo cortado en cubos y dos barras de chumbeques con miel. Cuando terminó de acomodar todo en la mesa, Joana le preguntó si era cierto lo que se decía del combate, que había muerto la mitad de la tripulación de la Esmeralda.

«Bastante más que la mitad», resopló Gariazzo, clavando con un tenedor un trozo de dulce de membrillo. «Primero dijeron que eran ciento noventa y ocho los marineros que había en el barco... y que los botes del Huáscar recogieron vivos a cincuenta y siete. Después resultó que eran doscientos y algo los que estaban abordo y que los vivos eran sesenta».

«Cómo sabes tú esos números tan exactos», preguntó Joana.

«Estaba en el muelle cuando los formaron para hacer la cuenta. A los que no podían estar de pie los dejaron en una bodega. Un teniente dijo que eran ciento noventa y ocho, pero ya ni sé. Tal vez mañana los cuenten de nuevo y lleguen a otro número».

«¿No has pensado en que es mejor que nos vayamos de acá?», preguntó su mujer.

«No solo había chilenos. Había griegos, portugueses, un belga, un inglés, un noruego y hasta un boliviano. Eso dicen».

«Te hice una pregunta, Adolfo. Quiero saber si no has pensado en irnos de acá».

«En otro lugar las cosas podrían ser mucho peores. La guerra va a seguir hacia el norte. Después de lo que pasó hoy, supongo que acá todo se calmará».

Gariazzo habría dicho algo más y no lo hizo. En el muelle escuchó que los barcos chilenos impidieron que el Huáscar y la Independencia interceptaran a un convoy que llevaba a Antofagasta cerca de dos mil hombres, víveres y municiones. De haberlo conseguido, de seguro los barcos peruanos también hubiesen incendiado la ciudad. Pero eso era especular. Lo cierto fue que la batalla frente a Iquique había sido un matadero. Sobre la cubierta de la Esmeralda rodaron cabezas, piernas y brazos de su tripulación durante tres horas y media, tiempo suficiente en cualquier caso para que el convoy llegara a salvo.

El boticario apuró el último sorbo de té, se levantó del comedor y se

dirigió a los gabinetes de su farmacia. Allí recogió frascos con pomadas, botellines con agua preparada, sales, paños limpios y otros implementos.

«Te vas a quedar sin nada si llevas todo eso», le dijo Joana.

«Hay que hacerlo. Tenemos a uno al que le dispararon doce veces y no murió».

«Y tú crees que puedes salvarlo».

Gariazzo miró a su mujer y le dio un beso en la frente antes de abrir la puerta de calle.

«En dos horas estaré de vuelta», le dijo.

4

La mezcla que Gariazzo le había dado a beber en el muelle había hecho efecto. El marinero aún dormía y así él pudo revisar las perforaciones que tenía en los hombros, en la pierna derecha, en el brazo izquierdo y en los empeines. En todas había salida de proyectil.

No terminaba su inspección cuando apareció en la sala el cirujano José Ego-Aguirre. Venía de atender a los otros siete heridos chilenos recogidos por el Huáscar. El mayor tenía quince años.

«Esos calatos quieren seguir peleando», le dijo EgoAguirre. «Están furiosos por lo de su capitán. Apenas me dejan revisarlos. Quieren que los suelte para volver a pelear».

Gariazzo arqueó las cejas y le preguntó al doctor sus consideraciones sobre el sargento de la Esmeralda. Ego-Aguirre resopló abatido y le explicó que la peor de todas las heridas estaba en el brazo izquierdo: allí las balas, junto con romper carne y nervios, habían astillado el hueso en tres partes y no quedaba más remedio que amputar.

Ego-Aguirre hubiera tomado la misma decisión con su pierna derecha, pero el marinero perdió tanta sangre que sería incapaz de resistir sin un tiempo adecuado de recuperación. De hecho, pensaban que si el primer procedimiento funcionaba sería porque se trataba de un hombre sano y de buena musculatura. Juan de Dios Aldea tenía veintiséis años.

Ego-Aguirre señaló el lugar para el corte y le preguntó al boticario con qué clase de anestésicos y desinfectantes contaban. Tan concentrados estaban en la revisión de las botellas que ninguno notó que Aldea había abierto los ojos y escuchaba atento la conversación.

«¿Muy malo estoy?», preguntó de pronto.

Ego-Aguirre se echó hacia atrás de un salto y por poco no botó al suelo la lámpara a parafina que tenía a un costado.

Los ojos de Aldea recorrieron la sala y luego se clavaron en los del

italiano.

«Usted estaba en el muelle».

Gariazzo asintió.

«Avise a mi Remigia, avise a Chillán», dijo Aldea.

«Así será. Pero ahora debe estar tranquilo», le aconsejó el boticario, intentando recomponerse del susto.

«Es raro su acento», dijo Aldea.

«No soy de acá».

«De dónde, entonces».

«De Italia».

«Un italiano en Iquique».

«Somos varios».

«¿Y quién le va a responder por todo lo que hace por mí? Yo no tengo cómo pagarle».

Ego-Aguirre quiso animar la situación.

«Hasta ahora usted ha resistido bien. Va a librarse de ésta y nadie le pedirá un centavo».

Ego-Aguirre le dio a beber un pequeño jarro de aguardiente con uno de los preparados de Gariazzo y un puñado de hierba del toro. Al notar que Aldea se relajaba por el efecto del alcohol y la mezcla, por fin el cirujano se atrevió preguntarle sobre lo que llevaba escuchando apenas llegó al hospital.

«¿Y se puede saber qué diablos hizo para recibir tantos balazos?».

Aldea apretó el entrecejo y lo miró con severidad. Pero aquel gesto no implicaba reproche, sino más bien el esfuerzo por encadenar las palabras precisas a sus recuerdos.

«Fui el que saltó con el capitán Prat», dijo.

5

A diferencia de lo que pensaba el boticario, en la Sociedad Española de Beneficencia no creían que el hospital de Iquique fuese en absoluto un lugar precario o modesto. Para ellos era el peor sitio donde podían ir a parar tanto los vivos como los muertos. A diez años de inaugurado como Hospital Nuestra Señora de las Mercedes, o también como Hospital de Beneficencia —fue levantado gracias al aporte de un grupo de extranjeros ingenuos confiados en que el gobierno se haría cargo de su mantención—, estaba convertido en uno de los sitios menos confiables de la ciudad, a varios cuerpos de distancia de los bebederos de calle de Ayacucho, o de las chinganas del final de calle de Zela, además tan desbordada de burdeles —y burdeles tan desbordados que en los días de pago ocupaban hasta el patio y la lavandería— que con razón algunos navegantes decían, para espanto de sus habitantes antiguos, que Iquique era la Sodoma del Pacífico Sur.

El hospital nunca había funcionado bien a causa del constante desabastecimiento, de forma que muchos preferían atenderse con curanderos ambulantes o bien esperar en el muelle el arribo de algún vapor con enfermería antes de ir a parar a sus pabellones. Pese al esfuerzo de los vecinos por recolectar fondos, nunca pasaban dos meses sin que surgiera un desperfecto: si no eran los muros que se agrietaban por los temblores, eran las plagas de ácaros ocasionadas por las palomas que anidaban en el entretecho; si no eran los desaguaderos colapsados que albergaban civilizaciones completas de roedores y cucarachas, entonces eran los hábitos de sus propios funcionarios los que aportaban a su mala reputación. Y si alguien no creía lo que se contaba, si consideraban normal que por las noches los perros vagos recorrieran sus pasillos buscando un poco de calor donde echarse a dormir, que leyeran la prensa local, que leyeran cuando a mediados de 1874 *El Mercurio de Tarapacá* se atrevió a denunciar,

además de los consabidos problemas logísticos, las humillaciones que padecían quienes se aventuraban a cruzar su puerta de lata en busca de atención:

A los enfermos se les da mal trato y se les atiende peor. La decencia es tan escasa que, a pocos días de habérsele cortado la pierna a un paciente, ésta fue arrojada a los perros, llegando el hecho a conocimiento del afectado. Incluso mujeres enviadas por la comisaría por infracciones al Reglamento de Policía se entregan a desórdenes y escándalos con los empleados.

El desbande no acabaría sino hasta mediados de 1877, cuando dos de sus murallas carcomidas finalmente se derrumbaron y muchos enfermos debieron ser acomodados en patios de oficinas públicas, en tiendas de campaña habilitadas en el mercado o bien devueltos a sus casas. Lo único que continuó funcionando en el hospital fueron dos salas de cirugía, una de recuperación y, por razones obvias, la morgue. De manera que a la mañana siguiente del combate, cuando supo que los cuerpos de Prat y Serrano habían sido trasladados hasta ese lugar, Eduardo Llanos tomó su abrigo y salió rumbo a la prefectura del litoral. Como tesorero y delegado general de la Sociedad Española de Beneficencia, por ningún motivo iba a permitir que los restos de los marineros fuesen arrojados a la fosa común, que era la manera más fácil y rápida que tenían para deshacerse de los cuerpos. Incluso pensaba que si las autoridades habían decidido posponer el trámite para el día siguiente era solo para evitar que algunos, alentados por el fervor de la batalla que presenciaron frente a la playa, hostigaran los cuerpos con toda clase de obscenidades. Llanos temía que tarde o temprano los restos de Prat y Serrano acabaran en el fondo de la cárcava, tal como ocurrió esa mañana con el cadáver de un marino de la Esmeralda de cuyo nombre nadie dejó constancia al ser bajado del Huáscar. Menos aún del sitio donde quedó sepultado.

De eso le habló Llanos al prefecto Buendía cuando lo visitó en su oficina.

«Nosotros nos ocuparemos de todos los gastos de los cuerpos. Así esto pasa rápido al olvido».

«Me parece muy bien. Aunque, sí, le pido discreción. Usted bien

sabe que no hace más que confirmar lo que sospecha la gente, señor delegado».

«¿Qué es lo que sospechan, general?»

«Que usted está con los chilenos».

Eduardo Llanos miró fijo al prefecto.

«Si por haber vivido en Chile unas temporadas y por preocuparme de la dignidad de dos finados estoy contra ustedes, entonces considéreme su enemigo, señor Buendía».

El español salió de la prefectura dando un portazo y se dirigió al hospital de Iquique. Allí lo esperaban tres miembros de la sociedad benefactora que se habían encargado de pagar los ochenta y tres soles que costó la confección de los dos ataúdes, aparte de conseguir al carretonero que los llevara desde el hospital hasta el cementerio —el único que se atrevió fue un portugués de nombre o apellido Medeiro— y a un albañil que fabricara dos cruces con los nombres de los muertos.

Ese fue apenas el inicio de una mañana incesante de papeleos que Llanos, como antiguo funcionario municipal, conocía de memoria. El español debió visitar además el cuartel Salvadora de la Compañía de Bomberos de Iquique, donde estaba prisionero el teniente chileno Luis Uribe, la única persona que podía darle los antecedentes que necesitaba para una declaración notarial. Aquella era la forma de obtener las papeletas de defunción, a las cuales, para el caso, les correspondieron los números 504 y 505 del folio 505 de la dataría de Iquique.

Luego de obtener la autorización de la prefectura para retirar los cuerpos, Llanos debió pagar los veinte soles de impuestos fiscales por uso de sepultura de ambos cadáveres, y los quince que correspondían a derechos parroquiales.

«Estos cholos sacan plata por todo», susurraba mientras contaba el dinero.

Llanos pudo volver al hospital recién pasadas las cuatro de la tarde. Allí le esperaban, junto a los tres integrantes de la benefactora, un delegado del municipio, un asistente personal, un amigo inglés de nombre o apellido Morgan y el carpintero que había fabricado los

ataúdes. Minutos después todos ingresaron a la bóveda donde yacían los cuerpos, comprobaron que fuesen los indicados, cambiaron las mantas que los cubrían por un juego de sábanas blancas recién almidonadas, los metieron dentro de los cajones, cerraron sus tapas con clavos y luego salieron, acompañados por dos empleados del hospital que se ofrecieron a colaborar.

A las seis de la tarde del 22 de mayo de 1879 el pequeño cortejo ingresó al cementerio de Iquique, aunque, por expresa petición de los administradores, lo hizo por la puerta trasera, pues en ese mismo instante, en el otro extremo de la explanada, finalizaba el funeral del teniente Jorge Velarde, el único muerto peruano durante el combate.

Llanos no hizo comentarios. Se limitó a agradecer con un lento pestañeo y avanzó abriéndose paso a través de un sendero empinado de tierra seca. El español encabezaba el grupo detrás del carretón rumbo al sitio asignado por la prefectura. Allí los esperaba una cuadrilla de enterradores provistos de palas y picotas. Llanos les mostró los papeles en regla y los hombres comenzaron a cavar.

Arriba, sobre ellos, el cielo de Iquique era un telón frío y púrpura que anunciaba el atardecer.

Segunda parte

Prat

1

El capitán Prat entró en la Comandancia General de Marina minutos antes del mediodía. Venía tan entusiasmado que las diez jornadas de viaje desde Montevideo hasta Valparaíso, en vez de cansarlo, le infundieron un ímpetu como pocos le conocían hasta entonces. Su euforia por los informes que hablaban de una operación armada en el norte era tan evidente que ni el alférez que lo recibió en la entrada, ni los secretarios con que se topó rato después, fueron capaces de adelantarle o al menos sugerirle la mala noticia que le esperaba. Quizás por eso fue que el mayordomo que lo vio venir desde el segundo piso prefirió escabullirse a la sala de archivos antes de estar presente cuando el capitán preguntara dónde estaba la escuadra y le dijeran que había partido sin él.

Prat salió de la comandancia en silencio. Llevaba el mismo paso enérgico con que había llegado, pero ahora lo impulsaba un malestar que poco tardaría en transformarse en decepción. No lo consolaba que todo hubiera sido una mala coincidencia; quizás fuera cosa del destino —y de los astros, si quería— que ese mismo 14 de febrero de 1879, y probablemente en el mismo instante en que le estaban comunicando la novedad, las tropas chilenas estuvieran desparramándose en el puerto boliviano de Antofagasta.

Prat hizo todo lo posible por regresar de Uruguay apenas supo que su misión había terminado, pero ahora resultaba que, cuando de verdad se necesitaba su presencia en la escuadra, nadie era capaz de darle una explicación que lo volviera a sus cabales.

Mientras caminaba rumbo a su casa, recordó otros viajes en los que no había hecho otra cosa que perder el tiempo; viajes inútiles, casi por joder, como el de la Esmeralda al puerto de Mejillones en 1873, a propósito de las primeras tensiones entre el gobierno boliviano y los

empresarios salitreros. Aunque ya era capitán de corbeta, los tiempos muertos, que eran la mayor parte del día, estuvieron, metáforas aparte, a punto de matarlo de puro aburrimiento. Lo único que lo sacaba del tedio era el piano que había a bordo. Prat ensayaba largos pasajes de la *Fantasía* de Liszt mientras allá afuera entre los buenos y los malos no ocurría nada.

Nadie a quien proteger.

Nadie a quien atacar.

Aquellos recuerdos le dejaban un sabor amargo, como el del tabaco que no fumaba y del licor que contadas veces bebía; esa aspereza de lengua bajándole hasta las tripas que volvería a sentir, cinco años después, en su aventura en Uruguay. Entonces Prat, presentado como un historiador e intelectual de paso, llegó a Montevideo con la misión de enterarse de todos los movimientos militares que hubiera del otro lado de La Plata, pues a raíz de una serie de disputas territoriales, en especial en la Patagonia y en el Estrecho de Magallanes, el gobierno evaluaba un posible enfrentamiento con Argentina.

Prat estuvo allí desde mediados de noviembre de 1878. Anotaba cada detalle aparecido en la prensa y en los boletines oficiales. Averiguó mediante terceros todo acerca del armamento que disponía Argentina, y también del que esperaba comprar. Las autoridades chilenas consideraban su misión tan delicada que pusieron a sus órdenes a los cónsules en Montevideo y Buenos Aires, aunque luego el capitán recibiría desde Santiago la instrucción de observarlos también a ellos.

Pero todo quedó en aprontes y las armas ya no apuntaron hacia los Andes, sino al norte, hacia Antofagasta y sus salitreras. Allí, el hostigamiento del gobierno boliviano a las empresas chilenas e inglesas terminó por colmar la paciencia de Santiago y se pasó de las advertencias a los hechos. De modo que aquel 14 de febrero, y sin dar pie a la menor resistencia de la guarnición local —eran apenas una treintena de hombres mal armados—, un batallón de doscientos artilleros de marina, al mando del coronel Emilio Sotomayor, recibió la orden de ocupar el puerto y con ello impedir el remate de las compañías chilenas requisadas por la gobernación local. Lo que se

había iniciado como una disputa por el aumento de los impuestos a la extracción de salitre terminaba en un embargo, seguido de un frustrado remate y la posterior expulsión de las autoridades del puerto. Para entonces los chilenos residentes en Antofagasta —que eran mayoría— habían sacado el escudo boliviano del frontis de la prefectura y hecho un zapateo de cueca sobre él. Lo único que se salvó fue la bandera nacional. Una niña de catorce años llamada Genoveva Ríos la guardó entre sus ropas para que no la despedazaran.

Dos semanas después, el 1 de marzo, Bolivia declaró la guerra a Chile. La respuesta nacional no se hizo esperar y se extendió también a Perú, que para entonces había sellado una alianza con los altiplánicos mediante la entrega de armamento y reforzando cuarteles en los puertos peruanos de Iquique y Arica.

Prat se había enterado en detalle de los problemas con Bolivia. Más de una vez viajó a la zona con la Esmeralda y sabía que esas diligencias —que para él nunca habían dejado de ser simples pachotadas— eran acaso la única forma que tenía el gobierno de fijar posición y de congraciarse con los industriales: proteger con armas del estado los negocios de particulares.

Aunque ahora las maniobras cambiaban de sentido: con el envío del blindado Blanco Encalada todo indicaba que el perro esta vez sí iba a morder. Una vez que pudo serenarse y calibrar sus ánimos, Prat solicitó formalmente ser considerado para integrarse a la flota en operaciones en el norte. Después de todo, además de conocer muy bien la región, su rango de capitán de fragata lo facultaba de sobra. Sin embargo, pese a todos sus argumentos y deseos, la Comandancia General de Marina le comunicó que desde ese minuto desempeñaría «un importante cargo administrativo» en la repartición de Valparaíso, y vez de alistar sus bártulos para el zarpe del próximo contingente, bien haría en tomar posesión del escritorio que le habían asignado.

2

A medida que las tropas chilenas comenzaban a desplazarse por territorio boliviano, el alto mando consideró fundamental el dominio del mar. Teniendo en cuenta, más que el poderío, la habilidad de los almirantes peruanos, aquello era una necesidad estratégica: mientras Bolivia era ocupado por tierra, sin su armada Perú quedaba neutralizado. Se propuso entonces allanar el camino rumbo al puerto de El Callao, donde esperaban sorprender al grueso de la escuadra enemiga. El plan era arriesgado: la oportunidad de acorralar a los barcos peruanos en su propio puerto parecía inmejorable, pero implicaba sopesar un aspecto básico en el que algunos oficiales habían reparado: las naves chilenas no contaban con autonomía de navegación suficiente, y necesitarían ser reabastecidas de carbón a la altura de Arequipa, casi a mitad de camino. Esto obligó al almirante Juan Williams Rebolledo a repensar la estrategia hasta que se decidió: en vez de ir, esperaría a que ellos vinieran a buscarlos.

Mientras tanto, en Valparaíso, Prat seguía aplastado por la decepción. A ratos elucubraba razones que podían entenderse como una pasada de cuenta por su adhesión a las ideas de Vicuña Mackenna, adversario del presidente Pinto en las últimas elecciones. También llegó a sospechar de preferencias clasistas de sus superiores por otros oficiales, aunque pronto se dio cuenta de que era incapaz de dar al menos un nombre.

Durante ese tiempo se supo innecesario, ocioso, tanto como muchos camaradas que, con más experiencia que la suya, daban vueltas por los patios de los cuarteles o pasaban el día encerrados, tomando coñac en despachos polvorientos y cubiertos de mapas que revisar sin que sus observaciones afectaran en nada ni a nadie.

Prat no hacía sino recordar días mejores. Casi podía ver las láminas que mostraba a sus alumnos con dibujos de marinos dándose de garrotazos, blandiendo espadas y tirándose por la borda en medio de

columnas de humo que se levantaban por todos los flancos; y con la misma lucidez con que narró a los grumetes de la Escuela Naval los detalles de la guerra con España, evocaba la conferencia en que escuchó por primera vez el nombre de Trafalgar y supo de la proeza de lord Nelson.

Sabía de carracas y de galeones, de los feroces bombardeos de la guerra de Crimea y de las fragatas en llamas que mostraban los libros. Había leído con emoción pasajes que daban cuenta de la valentía de héroes de apellidos impronunciables que saltaban al abordaje decididos a todo, y también del coraje de almirantes y piratas enfrentados hasta que sus barcos terminaran convertidos en un montón de palos chamuscados y revueltos por el oleaje. Pero ahora, frente a un escritorio lleno de papeles, minutas, cartas de ida y de vuelta, todo eso adquiría el color ocre de las malas bromas, las que rozan la crueldad y derrumban el ánimo hasta del más bravo.

Prat revisó las notas que hizo de sus primeros viajes de instrucción y de cómo fue hallándole sentido a la vida de marino, cuando comenzó a sentir un entusiasmo parecido a la vocación y que por primera vez demostró al hacer amistad con un grupo de nativos que conoció en Isla de Pascua. Entonces era teniente primero de la corbeta O'Higgins y convenció a su comandante de incorporar a esos tipos flacos y greñudos a la tripulación con el fin de educarlos. Eran seis desgraciados que, según los testigos, «no pertenecían a nadie y no tenían otra nacionalidad que la de pascuenses», y que fueron admitidos como grumetes para luego convertirse en miembros de la armada hasta el fin de sus días.

Prat tenía experiencia suficiente para ir al norte. ¿Acaso no contaba su labor en la guerra con España, los extensos viajes de reconocimiento por todo el país, las faenas de rescate marítimo? Y eso sin mencionar que había llegado a ser subdirector de la Escuela Naval. Estaba confundido, frustrado. Se negaba a aceptar, como le volvieron a decir, que lo ocurrido con su viaje al norte fue una suma de fatales sincronías, pues si había ascendido de rango era por su valor en la batalla, no por su destreza en el archivo de carpetas o en las revisiones de las cuentas de las bodegas. Y si debía resignarse, si no había nada

más para él que este papel secundario, entonces lo mejor sería quitarse el uniforme y vestirse de civil.

«Porque cosas de civil son las que hago acá mientras todo el mundo está allá», rezongaba sin pensar en un detalle: Prat llevaba dos años dedicado a atender asuntos de su profesión de abogado, y que si bien no le brindaban ganancias abundantes, le permitían mantener una oficina frente a la Plaza de la Justicia de Valparaíso. En paralelo a su labor de oficial, allí atendía causas civiles menores y litigios de resolución rápida, pero sobre todo asuntos ligados al derecho marítimo, en especial los referidos a empresas de vapores. Incluso llegó a asesorar a la propia Comandancia General de Marina en esos temas.

Aquellas tareas, como también hacer clases gratuitas de astronomía y botánica en la escuela Benjamín Franklin, donde la gran mayoría de sus alumnos eran obreros portuarios, no le proporcionaron todo el renombre que hubiese deseado, pero sí una satisfacción que se imponía por sobre cualquier beneficio. Que Agustín Arturo Prat Chacón, además de profesor *ad honorem*, hubiese obtenido un título universitario se consideró siempre un hito dentro y fuera de los cuarteles, pues ese niño que a los diez años no tenía otra opción para seguir estudiando que no fuera la gratuita Escuela Naval, ese hijo de padre enfermo y postrado, se licenció en filosofía y humanidades y fue el primero de sus filas en recibir, por unanimidad, la aprobación de la junta académica de la Universidad de Chile con fecha 26 de julio de 1876. Cinco días más tarde, un titular de *El Mercurio* anunciaba:

Prat se hace abogado.

Pero eso no era todo. Tenía la sensación de que el uniforme al cual servía sin condiciones le impedía comportarse como hombre y esposo frente a su mujer. A sus treinta y un años, no solo estaba cada vez menos tiempo cerca de Carmela, también tenía aún fresca la sensación de haberle fallado en el momento en que más lo necesitó: cuando una afección intestinal de Carmela de la Concepción, su primera hija, comenzó a hacer estragos.

Nuestro angelito sigue mal, muy mal; siento que mi corazón desfallece de dolor y tú no estás para sostenerle.

Si te fuera posible venirte antes, sería mi único consuelo.

A lo que el capitán respondía:

La noticia de la salud de nuestro adorado bien me tiene tan desazonado, tan aburrido, que no hallo qué hacer, no tengo voluntad para leer, escribir ni para nada y no puedo desechar la idea de que la vida de mi hijita esté en peligro.

Aquello había ocurrido a inicios de diciembre de 1874, a un año de su matrimonio: pese a todas las advertencias, pese a todas las cartas en que su esposa le contaba de tratamientos sin éxito y a los desvelos a causa de su impotencia por estar lejos, él no pudo llegar a despedirse de su hija antes de que se la llevara la fiebre.

Prat no estuvo presente el día en que nació ni tampoco cuando la niña murió, nueve meses después. Y supo la noticia de la peor manera: recibiendo el pésame de un oficial que se había enterado antes que él. No hubo errores, confusiones ni malos entendidos. Cuando por fin pudo llegar a Valparaíso y abrió la puerta de su casa, vio que su mujer y todos cuantos la acompañaban vestían rigurosamente de negro. Poco después escribió:

Lo único que me consuela es que en esta vida todo es relativo. Hay placer porque hay pesar, y a la grandeza de éste corresponde la intensidad de aquél. Dios nos guía y lo que sucede es siempre lo mejor que debe suceder.

Nunca se perdonó la ausencia. Quizás por lo mismo, como una forma mitigar el dolor de la muerte de su primera hija, fue que aceptó la invitación que le hizo su tío Jacinto Chacón, un reconocido espiritista de Valparaíso.

Prat era un católico convencido, partidario del bautismo y de la caridad, pero se había mantenido alejado de la controversia que por entonces suscitaba en el país la práctica que buscaba la comunicación con las almas de los muertos. Indiferente a la opinión de algunos sectores de la Iglesia, que poco después hicieron intentos por proscribir el espiritismo, durante 1876 el capitán participó en las sesiones organizadas por su tío médium. Otro de los asistentes era Rosario Orrego, la mujer de Jacinto Chacón, reconocida, además de por sus habilidades como cronista y maestra, por ser la primera

novelista chilena y una ferviente defensora de la libre voluntad para contactar a los espíritus. Ella argumentaba públicamente que de ningún modo esta actividad podía asociarse con la diablería o el brujerismo, sino más bien con el legítimo derecho de las personas a conocer el paradero de sus seres queridos después de la muerte.

Prat había leído con atención libros como *El evangelio según el espiritismo*, del médico y matemático Allan Kardec (*El mundo de los espíritus es el mundo normal, primitivo, eterno, preexistente y que sobrevive a todo*, anotó en la página en blanco al final del libro), conocía muy bien *Cuando cruzamos la puerta*, de Clarita Ponés, una de las mentalistas reputadas de aquellos años, y los estudios de metapsíquica difundidos por William Crookes. En ninguno vio ideas que contradijeran su religiosidad. Prat creía en el Más Allá. De hecho, se animó a contactar al espectro de personalidades a quienes admiraba, como Samuel Hahnemann, precursor de la homeopatía, disciplina en la que confiaba con entusiasmo, sobre todo cuando su calvicie prematura comenzó a acrecentarse, se diría, producto de la tensión por sus estudios universitarios en paralelo con la vida de marino. El capitán, quien además sufría de constantes orzuelos, usaba jabones, emplastos y se rasuraba para provocar la regeneración del cabello, aunque sin resultado. Por eso se empeñó en que el espíritu del sabio alemán le revelara alguna pócima efectiva.

Pero la comunicación con Hahnemann fue un añadido menor y hasta anecdótico comparado con lo que consta en el cuaderno de registro del círculo de los Chacón Orrego: que los días 12 y 14 de abril de 1876, Arturo y Carmela dieron fe de que habían logrado hablar con su hija.

3

Uno de los mayores orgullos de la carrera militar del capitán Prat había sido participar en la repatriación del cuerpo de Bernardo O'Higgins desde Perú. Fue un acto simbólico pero anhelado por muchos. Partió en el cementerio de Lima los últimos días de 1868 y concluyó con la llegada de la comitiva a Valparaíso a mediados de enero del año siguiente. Él era entonces teniente segundo y asistió al jefe de la misión, el almirante Manuel Blanco Encalada, a quien consideraba un héroe por sus hazañas en la guerra de la Independencia y por el trato justo y afectuoso que daba a sus subalternos. No fue extraño que tiempo después Prat interviniese como orador en los funerales del hombre que se convirtió en el primer presidente de Chile.

Pero había otra razón por la que guardaba buen recuerdo de aquel viaje a Perú: fue la primera vez que se atrevió a comprar en público regalos para su novia Carmela Carvajal, a quien conoció a inicios de 1867 en las reuniones sociales que organizaba su tío Pedro Chacón. Pese a la rápida afinidad entre ambos, Prat se comportó siempre con prudencia. No quería prometer a Carmela nada que no pudiese entregarle. Solo cuando fue ascendido a capitán de corbeta formalizó sus intenciones, hecho que coincidió con la muerte de su padre Agustín, quien desde hacía tiempo sobrellevaba un severo daño neurológico.

Prat lo había dicho más de una vez: confiaba en el poder de la palabra sobre el papel, y por lo mismo se atrevió a revivir así la muerte de su padre con Carmela:

Muy lejos estaba el 1 de febrero, cuando te escribía, de imaginar que al día siguiente un parte telegráfico me llamaría a Quillota a asistir a la agonía de mi padre.

Creí al recibirlo que la pérdida del habla, como me decían, provendría de la debilidad por la continua diarrea, pero nunca me figuré un tercer ataque de parálisis y que la ciencia se declarare impotente para combatirla.

Solo al llegar vine a convencerme de la triste realidad; esperar que el momento lúcido, que Dios concede generalmente a los moribundos, me permitiese oír su despedida y quizá sus consejos.

Abrigaba la esperanza de que llegases tú y su mano hubiese bendecido nuestra unión. Vana esperanza, él continuaba su sueño tranquilo y la hija que yo anhelaba presentarle no llegaba.

Las horas corrían veloces, la muerte se acercaba a pasos acelerados, su respiración era ya corta y apagada y poco después de las cinco principió a entrecortarse; tenía sus manos entre las mías y observaba con avidez las mutaciones de su semblante. Las cinco y media serían cuando un último prolongado suspiro vino a decirme: no tienes padre. Las lágrimas contenidas a duras penas hasta entonces desbordaron sin poderlo evitar.

Arturo había cumplido recién los veinticinco años, pero Carmela no pasaba de los veintiuno. Al faltarle cuatro años para tener la edad legal para casarse, el matrimonio requirió de una declaración notarial de la novia, en este caso respaldada por su hermano José, quien se transformó en su tutor desde que era una niña. El documento consignó:

Es mi espontánea voluntad casarme con el referido Prat y para ello no tengo impedimento.

Preguntada por su edad, dijo:

«Tengo veinte y un años» y firmó.

El matrimonio se celebró el 5 de mayo de 1873 en la parroquia frente a la Plaza de la Victoria, muy próxima a donde vivía Carmela, tanto que la novia caminó por una alfombra roja que iba desde su casa hasta la puerta de la iglesia.

4

Los reportes llegados posterior al 14 de febrero confirmaban el avance de las tropas chilenas por territorio boliviano. Tras la ocupación de Antofagasta y de las caletas aledañas, fue el turno de Calama y del puerto de Tocopilla, donde las fuerzas de infantería encontraron los primeros focos de resistencia armada. Prat tuvo así por fin su oportunidad.

Según los registros de la comandancia naval, el 29 de marzo el capitán fue enviado al norte como secretario de Rafael Sotomayor, el ministro de guerra en campaña. Pero no todo fue tan bueno: volvía a dejar sola a Carmela y al cuidado de sus dos hijos, Arturo Héctor y Blanca Estela, por entonces enfermos de gripe y atacados por una fiebre que no amainaba. Por más que le prometió volver pronto, ella sabía que no iba a ser una ausencia breve.

Como pocas veces antes en altamar, Prat dedicó largas horas a contemplar el paisaje. Nunca había advertido con tanto detalle cómo los diminutos resplandores que el sol desperdigaba sobre el lomo del Pacífico por la tarde daban paso a un mar gris azulado y de oleaje espeso. Parecía que de pronto el barco se desplazaba a través de un enorme charco de óleo. La imagen le recordó «Manuscrito hallado en una botella», uno de sus cuentos de mar favoritos. Era un relato inolvidable, con ese buque avanzando por un mar bravo de oscuridad impenetrable, un mar «sobrenatural y tempestuoso», como escribía Poe, un autor del que leyó por primera vez en *El Mercurio* por recomendación de un bibliotecario amigo. Pero aquello era literatura, fantasías puestas por escrito. Lo real era ese mar coagulado y cubierto por nubes espesas que se movían a velocidad geológica.

La delegación finalmente llegó a Antofagasta. A Prat le costó reconocer el muelle tan lleno de soldados y fortificaciones que empezaban a levantarse en sus extremos. Luego de unos días abordó la fragata Blanco Encalada con dirección a Iquique. Allá debía

presentarse en la prefectura del puerto y comunicar, a nombre del estado chileno, la declaración de guerra y notificar el bloqueo costero.

Prat había estudiado varios reportes sobre Iquique, reconocido como puerto desde 1855 y considerado el segundo del Perú, con cuatro muelles activos. Incluso subrayó algunas ideas que le parecieron importantes:

La ciudad se provee de agua resacada por cinco máquinas de destilación situadas en la ribera del mar.

Al norte del puerto existe una isla, que no es otra cosa que un conjunto de arrecifes cuyas grietas están rellenadas con guano; el que queda es de muy mala calidad por estar revuelto con arena.

Su población es de once mil setecientos habitantes. Hay dos plazas principales. La aduana es un buen edificio, cuyo primer piso es de cal y piedra, y el segundo de tabiques. Las casas son en su mayor parte de madera y de muy fácil combustión.

Pero de todo cuanto leyó, hubo un dato que marcó con un asterisco:

Muchos se alimentan de una curiosa galleta hecha de masa y miel a la que llaman chumbeque, pero es mucho más sabrosa si está rellena con mango.

5

El Blanco Encalada llegó a Iquique el 5 de abril de 1879. A diferencia de lo que hiciera el coronel Emilio Sotomayor dos meses antes en Antofagasta, con una multitud de infantes ocupando las calles, Prat recaló en el embarcadero acompañado apenas por seis hombres, incluidos los remeros. Sabía que un contingente mayor crearía tensiones innecesarias y por eso desestimó la idea de hacerse escoltar por un segundo bote. No por nada Iquique estaba al resguardo de casi dos mil soldados, buena parte de ellos atrincherados en las playas o en sitios en altura, donde además se almacenaban algunas piezas de artillería.

Pero no fueron los militares quienes demoraron la llegada de los enviados hasta la prefectura, sino la cantidad de civiles curiosos que les salió al paso en las cinco cuadras que había entre el embarcadero y la oficina del general Juan Buendía. Así, mientras algunos pescadores y comerciantes de baratijas se acercaban a ofrecer sus productos, los niños se arremolinaban al paso de esos hombres tan impecablemente vestidos que más de alguien anunció que habían llegado los soldaditos de plomo.

El capitán no podía esquivar el saludo de los chicos impresionados por su metro ochenta de estatura. Como si se tratara de un juego, le preguntaban si los barcos anclados en la rada iban a disparar. Unos pasos atrás, sus escoltas observaban atentos cada calle por la que pasaran. Querían saber si había otra clase de fortificación o de armamento aparte del que conocían.

La visita de Prat a la prefectura de la ciudad sitiada resultó menos tensa de lo que supuso. El capitán cumplió con notificar por escrito y el comunicado fue recibido con tranquilidad y hasta resignación. Pero no ocurrió lo mismo en las calles de Iquique, donde por temor a un bombardeo muchos evacuaron de inmediato. Los peruanos se dirigieron hacia los poblados del interior aprovechando el ferrocarril,

en cambio los chilenos —más de cuatro mil, se calculaba— quisieron refugiarse en los barcos de la armada nacional, pero los soldados de la comandancia lo impidieron. Hubo peleas a golpes en los embarcaderos, varios heridos y también arrestados por desorden público, especialmente en el muelle de la aduana, el mejor habilitado y con mayor concurrencia.

Al día siguiente, Prat escribió a su mujer:

Cuando bajé a tierra la primera vez, apenas podía andar por entremedio de tanto curioso que se me ponía casi por delante para mirar al enviado. Sin embargo, estuvieron moderados, ninguna manifestación hostil se dejó oír de mis viajes.

La nota del almirante contenía una parte en que les daba el término de veinticuatro horas para poner seguridad a las personas indefensas, sin decir sin embargo que pensara hacer algo contra la población.

En la duda, creyeron que hoy sería bombardeado el puerto, razón por la que casi toda la gente ha abandonado la ciudad, dejando sus negocios cerrados y marchándose por el ferrocarril a la Noria, pueblo interior en que han acumulado muchos víveres para el ejército aliado que marchará a Caracoles, según se cree, por esa vía.

El objeto de Williams, al bloquear este puerto, es obligar a los peruanos a mandar su escuadra fuera de El Callao, pero es dudoso que lo consiga. La opinión de los marinos peruanos es que son más débiles que nosotros y es de presumir que no quieran aventurarse a un fracaso.

Dos días después, cerca de quinientos chilenos lograron subir a un vapor mercante rumbo al sur. Pese al empeño de la tripulación, que llamó a formar filas y a privilegiar a niños, mujeres y ancianos, el alboroto fue tan grande que el capitán no tuvo otra opción que partir de improviso. Muchos quedaron en tierra, cuando no colgando de las barandas del barco; y como si no bastara, a la salida del embarcadero la nave se topó con diez botes con familias completas que hacían señas para ser recogidas. Pero no hubo caso: debían aguardar una semana más para tener mejor suerte.

La convivencia entre los chilenos y peruanos que se quedaron en Iquique se hizo difícil después de que la Esmeralda cumpliera la orden estratégica de cañonear la procesadora de agua de la ciudad. El barco destruyó las instalaciones y todos debieron conformarse con un litro de agua diario. Pronto también llegaron noticias del primer combate entre ambas escuadras en la zona de Chipana, el 12 de abril, y, seis días después, del bombardeo de Pisagua. Todo respondía al empeño de las fuerzas chilenas por hacer que la flota peruana abandonara El

Callao y les saliera al paso. Pero estas provocaciones estaban lejos de su objetivo. Muchos oficiales, entre ellos Prat, comenzaban a caer en una rutina lenta y pesada. Con mayor razón cuando el alto mando desechó jugar su última carta: invadir Iquique del modo que se había hecho con Antofagasta.

Entonces no había más que esperar.

6

Prat dejó a un lado la hoja escrita por ambos lados y tomó una nueva. Dejó su pluma y miró por la ventana de su camarote, pensando cada una de las palabras que venían a continuación. No quería alarmar a Carmela más de la cuenta:

Los chilenos que quedaban en tierra principiaron a temer por su vida pues el crecido número de soldados que existe en la población y el populacho peruano y boliviano, que no es de los que tiene más nobles instintos, era una amenaza constante.

Muchos, doscientos quizás, se refugiaron en los buques mercantes y anteayer, cuando pasó el vapor, una aglomeración que no bajaría de mil doscientos a mil cuatrocientos individuos, entre mujeres, hombres y niños, lo abordó.

El capitán no sabía cómo hacer para evitar aquel asalto y había levado e iba hacerse afuera cuando llegué yo a su costado y, temiendo que se fuera y nos dejase clavados con toda aquella gente, tuve que ordenarle terminantemente que fondease; pero llegó el momento —mientras fui a consultar al almirante— en que el buque estaba repleto, con más de setecientos asaltantes, y temía que si subía más gente ocurriera una catástrofe; el capitán entonces levó y se marchó a toda fuerza, arrastrando lanchas y botes, rompiendo unos y dando vuelta otros hasta que se vio libre de aquellos desesperados.

No hubo ningún ahogado, pero perdieron muchos de esos pobres todo lo que habían podido salvar.

Cuando subí nuevamente al buque el capitán me decía que no tenía agua ni víveres para toda esa gente. Le ofrecí cuanto necesitara y el pago del pasaje de cada uno, con lo cual quedamos otra vez en buena armonía.

Arreglado esto, me encontré asediado por mujeres a quienes sus hijos les habían quedado en la lancha, y si no era el hijo era el marido, y maridos que se encontraban en el mismo caso con respecto de sus mujeres y de sus equipajes.

No había remedio, tuve que decirles que bajaran del vapor pues más gente no podía llevar y que esperasen el Copiapó que debía estar acá en uno a dos días (hace ocho que lo esperamos).

Da verdadera pena ver a esta gente, que pierden todo lo que tienen, pero están orgullosos y contentos con lo que sucede porque su Chile está antes que todo.

En materia de casa, haga Ud. lo que crea conveniente.

Bannen será el conductor de esta carta. Parte mañana para Valparaíso a presidir el armamento de la Covadonga, donde se embarcará conmigo.

¡Misterios del destino! La Covadonga, siendo el buque de menos significación de la escuadra, es hoy uno de los de más importancia; después de los blindados le sigue la Magallanes.

¡En tal estado se encuentran las corbetas! Mientras ellas andan seis a ocho millas con dificultad, la Covadonga podría andar nueve a diez, así es que prestará muy buenos servicios en la escuadra. El Abtao vale mucho menos, pero servirá para bloquear y otros menesteres porque

basta la presencia.

Supongo que a fines de mes estaré allá para arreglar todo lo relativo al pertrechamiento del buque, de mi cámara y rancho.

Entiendo que mi mamá ya se encontrará de vuelta de su viaje a Quillota y que se haya despejado algo lo relativo al arriendo de la quinta.

Si fuera necesario, podría prestarle a mi abuelita los doscientos cincuenta pesos que quedan del giro, para que haga la refacción de la casa que tenía Valenzuela, cambiando la escala, entablando el salón y reforzando el envigado del comedor.

Lo que tiene la Braulia puede dejárselo si le parece.

Con la presente (Bannen) le remito ochenta pesos que tengo en el bolsillo sin uso, donde los necesitaré será allá para el rancho y mejor es que vayan ganando interés; si no los necesita, póngalos en el almacén.

Como supongo que Isaías me acompañará como mayordomo, bueno será encargarle que me busque un buen cocinero y un mozo que le ayude.

No estará tampoco de más si va encontrando algunas piezas sueltas o dobles de servicios, entre los que haya en la casa, vaya apartándolos para organizar un servicio de mesa, si, como lo espero, el fisco no dotara al buque del necesario.

A mamá, abuelita, Conchita, Ildefonsa, Braulio, Antuquita, David, José J., niños y niñas, muchas memorias.

A mis chiquitines, mil besitos; y tú, mi dulce Carmela, recibe los votos egoístas que por nuestra felicidad hago en todo momento.

Sé, mi querida, que el tiempo para escribirme es escaso, no te pido pues que lo hagas largo sino lo indispensable para saber de la salud de todos y de nuestros asuntos.

Un abrazo de tu Arturo Prat

7

El capitán no pudo disimular su alegría por la noticia: debía volver a Valparaíso para asumir el mando de la goleta Virgen de la Covadonga y regresarla consigo hasta Iquique. Todo un honor si se consideraba que aquella nave era una de las más veloces de que disponían. En paralelo, Prat tuvo la atribución para ordenar una serie de refacciones a su estructura. Se trató de mejoras, aunque menores, lo suficiente vistosas para que todos advirtieran quién era el nuevo oficial que la tenía al mando. Lo mismo trató de hacer Carlos Condell con la Abtao, pero el estado de la cañonera era tan deplorable que, hiciera lo que hiciera, no conseguiría que su mano se notara por ninguna parte.

«A menos que la pinten de amarillo con rojo».

«O de celeste con lunares blancos», bromeaban los oficiales.

Ambas naves zarparon desde Valparaíso en la madrugada del 2 de mayo de 1879. Pese al entusiasmo, fallas reiteradas en las calderas, si no de una, de la otra, demoraron el viaje mucho más de lo previsto. En cualquier caso, ni Prat ni Condell imaginaban la sorpresa con que se encontrarían de regreso en Iquique: cansado de provocar a la escuadra peruana para obligarla a salir, el almirante Williams había decidido atacar el puerto de El Callao, lo cual suponía cambios drásticos en la organización de la flota chilena.

8

Iquique, mayo 11 de 1879

Señora doña Carmela C. de Prat Valparaíso

Mi querida esposa:
Anoche, como a las 10.00 P. M., es decir de noche, recalé en este puerto, encontrando fondeada, digo mal, en la boca y aguantándose sobre la máquina, a la escuadra.

Hemos puesto ocho días cabales de viaje debido a diversas ocurrencias en la máquina y calderas del buque, parte por el descuido en que se les tenía durante el desarme y parte, no menos grande, por la incompetencia de los ingenieros que traía.

Ya está todo remediado y mañana podrá el buque emprender cualquiera expedición. Entre tanto, ha habido un cambio de comandantes. Thompson ha sido colocado en el Abtao, yo en la Esmeralda y Condell aquí.

En verdad quien queda mejor es Condell, pues, aunque es el más pequeño de nuestros buques, el Covadonga se encuentra hoy, por sus condiciones de movilidad, en mejor estado que los otros dos.

Sin embargo, la Esmeralda está recibiendo serias reparaciones en sus calderos; ya tiene tres listos y pronto estará el otro.

El resultado es que me quedaré montando la guardia del bloqueo, lo que me dejará tranquilo en el fondeadero.

El Cochrane partió anoche para Antofagasta, se ignora el objeto. Ya sabrás que el Blanco con la Magallanes y la Chacabuco estuvieron en Arica, donde cortaron el cable. La operación se hizo en los límites del tiro del cañón, pero tuvieron el buen criterio de no hacer fuego sobre ellos.

Sotomayor partió en el Cochrane para Antofagasta. Pronto estará de vuelta. Aquí encontré tu última carta; la ropa no sé, pues anoche me olvidé de preguntar en el Blanco. Es probable que Caces, sabiendo que no estaba aquí, se la haya llevado nuevamente.

Aquí están muy escasos de noticias; en tierra están sitiados por hambre y sed y no sé qué número de hombres haya todavía.

Los periódicos que traje para leer aún no he podido abrirlos, tal ha sido el cúmulo de quehaceres que he tenido en el viaje.

Mañana temprano sale el Limarí y voy a aprovecharlo para que lleve ésta y un canasto de ropa para lavar. Éste, el Copiapó o el Itata han de venir luego; en él podrás mandarme ropa lavada si hubiera.

A Ricardo, que me mande una lista de las cosas compradas para el rancho, pues aquí no se puede sin ésta saber si ha venido todo. Algo semejante me pasa con el servicio, se me olvidó pedir cuentas duplicadas.

Encárguele también que pase a donde Battle, el arrendatario de mi abuelita, a ver qué tales pantalones de brin blanco y chalecos del mismo material son los que tiene y cuál su precio.

Supongo que la casa haya sido compuesta y el hombre pagado de su trabajo; ya llevaba recibido treinta y cinco pesos, le quedaban once, que no sé si deba recibirlos íntegros pues los materiales costaron menos de lo presupuestado.

No olvide de hacer pagar al sastre y zapatero que creo sean todos mis acreedores, mandarle a la tía y pagarle la casa a mi mamá.

Dígame también qué ha resuelto de casa; como le dije antes de salir, había que optar por alguno de los tres temperamentos que se presentaban: 1. Seguir donde está, tomando la casa de Jacinto por desahogo; 2. Vivir en la casa de mi abuelita tomada por J. J. hasta mi vuelta; y 3. Vivir sola.

Siendo, como me parece, difícil que Ud. se resolviera a lo último, no queda sino alguno de los otros dos términos, entre los que el primero tiene todos los inconvenientes del segundo y otros más, sin tener sus ventajas.

No queda pues otro recurso inmediato durante mi ausencia que hacer lo que antes se había pensado, y entiendo que será lo que Ud. ha hecho.

Espero que ésta les encontrara a todos con salud. Que mi Blanquita y Arturito seguirán bien y Ud., mi cara y digna compañera, se habrá convencido que no hay por qué afligirse pues a lo que se ve, ni los peruanos han de venir aquí ni nosotros allá, donde están encerrados.

A mi mamá, abuelita, Conchita, Ildefonsa, Braulia, niñas y niños, José J., Ricardo, etc., muchas memorias y tú, mi vida, recibe un estrecho abrazo y da a nuestros hijitos un besito de parte de tu

9

Había escrito una carta de setecientas palabras y hecho mención de los temas más variados, sin embargo se guardó lo que por entonces se le apozaba en el estómago como un caldo añejo: la idea de que los últimos acomodos de capitanes y naves, en vez de estrategias sensatas, parecían deberse todos al capricho de Williams Rebolledo.

«Viejo de mierda», mascullaba mientras se recortaba la barba frente a un espejo que tenía en su camarote.

Como si no bastara el tiempo que pasó como jefe administrativo ni haber ido a Montevideo a perder el tiempo espiando a un enemigo imaginario, resultaba que ahora, cuando todo el mundo se alistaba para el inminente combate, él, el capitán Prat, el abogado Prat, el pianista Prat, el lector empedernido de Voltaire y el que se trapicaba de risa con algunos pasajes de *El Quijote*, el maestro de escuela *ad honorem*, el oficial que no ocultaba su entusiasmo por los juegos de lotería y los naipes, ahora debía entregar el mando de la Covadonga y resignarse a ser confinado a la Esmeralda, una embarcación menor, que si bien conocía de memoria desde sus tiempos de aspirante y luego de profesor, se encontraba en un estado calamitoso, con un desgaste tan evidente que no solo acusaba el paso del tiempo, también la indiferencia de las nuevas generaciones de marinos: la corbeta siempre era desmantelada de sus mejores hombres, redestinados a faenas en otros barcos.

«Así nadie será capaz de agarrarle cariño», decían los albañiles encargados de las reparaciones.

La Esmeralda era un animal viejo, en los huesos, por lo que Prat no pudo sino sentirse como Alonso Quijano tratando de montar a Rocinante; y si su animada relectura de ciertos episodios de la novela de Cervantes, como se ha dicho, le causaban carcajadas de estruendo, había otros en que el alboroto daba paso al desconcierto y al silencio. Porque si con Voltaire el capitán ponía a prueba su razonamiento y la

divagación, con Cervantes era la vocación por su uniforme, sobre todo al regresar al *Discurso de las armas y de las letras*, cuando miraba las marcas que había hecho a párrafos que hablaban de lo fácil que es premiar a dos mil letrados antes que a treinta mil soldados; cuando leía que alcanzar alguien a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vértigos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Porque dicen las letras, capitán, que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes; y que las armas responden que las leyes no se podrían sustentar por sí solas, porque con armas se defienden repúblicas, reinos, monarquías y ciudades; sin ellas los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión. Sí, capitán, y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como enemigo le aguarda, otro y otro le suceden, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes. Y escuche bien, aunque a mí ningún peligro me echa miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada. Pero haga el cielo lo que fuese, que tanto seré más estimado si salgo con lo que pretendo; y lléguese, pues, capitán, a todo esto el día y la hora de recibir el premio: lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado entre las sienes.

10

Poco quedaba de la Esmeralda. Apenas si había rastros de la construida en los astilleros de Northfleet, en Kent, Inglaterra, por decreto del presidente Montt, y bautizada así en honor de la magnífica nave española enviada, como otras tantas, a aplastar la reconquista patriota en 1820. La primera Esmeralda fue, por lejos, el más temido de todos los barcos de guerra que la corona destinó al Pacífico. Construida en 1791, con capacidad para trescientos hombres, bodegas acondicionadas para permitir una autonomía de tres meses de navegación y, sobre todo, una formidable hilera de cuarenta y cuatro cañones, su presencia era tan gravitante que el propio San Martín ofreció una recompensa de cincuenta mil dólares a los que se atrevieran a capturarla. Tal hazaña la haría el almirante Thomas Cochrane, quien de paso barrió con toda opción de los realistas por imponerse en el mar.

Aquella embarcación había sido el modelo para ésta, la nueva Esmeralda, que arribó a Chile el 7 de noviembre de 1856, después de casi dos años de trabajo en las factorías de Henry Pritcher. Si bien había sido encargada para suplir la falta de un barco de guerra de respetable poderío, en los veinticinco años desde su botadura se habían servido de ella para diversos usos: desde el rescate y primeros auxilios de náufragos de variada estofa hasta albergar en sus instalaciones a la Escuela Naval, y la sala de instrumentos de la academia de música que funcionaba a bordo (entre ellos un piano, dos timbales mayores y seis trombones).

Como si no bastara, la Esmeralda también sufrió toda clase de calamidades e infortunios entre 1870 y 1875. Fue desmantelada y su regreso al agua no duró gran cosa: ni siquiera habían pasado seis meses cuando un temporal la hizo encallar en Valparaíso y nuevamente debió partir a los astilleros. De manera que ahora costaba creer que esa embarcación, bautizada con el lema «Gloria y victoria»,

hubiera sido capaz de navegar las ochocientas millas que distaban entre Valparaíso e Iquique.

Era sabido, además, que el almirante Williams Rebolledo la usaba como una suerte de sala de castigo para los oficiales que por alguna razón considerara problemáticos, o bien para quienes estimaba que era el minuto de pasar a retiro.

«La Esmeralda es una mierda», repetían los oficiales y ahora Prat debía aceptar que fuese toda suya.

La corbeta se mecía en la rada de Iquique como un cetáceo cuyo mayor instante de gloria lo había conseguido durante la guerra con España, cuando apresó a la Covadonga frente a Papudo. Precisamente aquel barco que ahora permanecía anclado a pocos metros, y cuya captura le valió a Prat el ascenso a teniente segundo y un bono de gratificación importante, conforme al protocolo de repartición del botín: aquella vez llegó a su casa con más de mil pesos y se los entregó a su madre. Nadie en toda su familia había visto tanto dinero junto.

Por más que quiso revertir la orden, no hubo caso. Lo último que Williams Rebolledo dijo al respecto no le dio pie a seguir insistiendo.

«Ya tomé mi decisión, Prat. Usted se queda en la Esmeralda bloqueando Iquique. A veces la Providencia pone a los hombres en la batalla, a veces los pone en la espera. Usted está en la espera».

La Covadonga fue destinada a la misma tarea, pero a cargo de Carlos Condell, quien debió ceder el mando de la cañonera Abtao al capitán Manuel Thompson. A juicio de Williams Rebolledo, él era bastante más prudente. Condell tenía fama de temerario y no quería que, una vez en la línea de fuego, diera paso a algún arrojo que hiciera perder un barco.

Si de Condell se dijo que se quedaba en Iquique por su temperamento arriesgado, de Prat se comentó lo contrario: que su carácter moderado, siempre reflexivo, lo hacía más necesario en las tareas de rondín que en una operación naval suicida: la madrugada del 22 de mayo, la Abtao, cargada de explosivos, debía ingresar a toda velocidad al muelle de El Callao. Allí su comandante la haría explotar entre los barcos enemigos. Entonces comenzaría el infierno: la flota chilena, bloqueando la salida del embarcadero, descargaría una

andanada de tales proporciones que la escuadra peruana, sorprendida y arrinconada, sería incapaz de responder.

Considerando el riesgo de la estrategia, fue el propio Williams Rebolledo quien le dio a Prat las últimas instrucciones para sus labores como jefe de bahía durante la ausencia de la flota. La mañana del viernes 16 de mayo, antes de zarpar rumbo al norte, el capitán recibió un sobre cerrado que solo podría abrir el martes 20. En éste había un documento que junto con informar de los detalles de la misión al Perú, le solicitaba no abrir fuego contra la población enemiga a menos que fuera en respuesta a un ataque venido desde el mar.

> *Como adición a las presentes instrucciones, prevendré a usted que dejo a su prudencia y buen juicio el tomar las medidas que estime convenientes, según las circunstancias o emergencias que pudieran presentarse durante mi ausencia, confiando a su celo y patriotismo la norma de su conducta en el presente caso.*

Al anochecer de ese viernes, una a una las naves chilenas comenzaron a alejarse de la rada como una manada de bueyes silenciosos. No hubo cañonazos ni hurras de despedida. Apenas el ronquido de las calderas y el saludo con el brazo en alto entre los que iban en la cubierta de los barcos que partían y los que se quedaban. Prat permaneció largo rato en la proa de la Esmeralda viendo a las naves volverse pequeños puntos luminosos en el horizonte oscurecido. Sabía que muchas de ellas no estaban en condiciones de combatir y su función era decorativa.

«Apenas si sirven para echar humo y hacer bulto», susurró.

Encaramado en la nariz de la corbeta, sentía que la brisa salada que llegaba desde el oeste se le impregnaba en las mejillas y bajaba por sus brazos como un escalofrío. Solo rato después, en el momento en que se volteó para regresar a sus labores, se dio cuenta de que toda la tripulación había permanecido detrás suyo.

Si antes la dotación de la Esmeralda era de ciento sesenta hombres, luego de que zarpara la flota superó los doscientos. Se habían agregado nuevos oficiales, artilleros de marina y personal de servicio de varias nacionalidades. Aquello, lejos de ser un refuerzo, terminó por hacinarla.

Los barcos chilenos flotaban impávidos en una rada de aguas

quietas. Si en otros sitios del litoral la tripulación podía entretenerse siguiendo el rumbo de las toninas o de las tortugas de mar, cuando no de cardúmenes de anchoas que acorralaban con chinguillos para sacarlas de a puñados, esta vez el sur peruano no ofrecía nada en qué distraerse, ni siquiera a los más jóvenes que estaban a bordo y a cargo de labores de servicio: en sus ratos libres los chicos no hacían otra cosa que dormitar echados en los cajones de pertrechos o sobre la tela arremangada de las velas.

Por esos días, lo único que sirvió de consuelo al capitán fue que volvía a contar, como segundo de abordo, con el teniente Luis Uribe, su primo, uno de sus camaradas más cercanos y amigo por sobre los vínculos familiares y de uniforme. Ambos habían ingresado juntos a la Escuela Naval y desde entonces se volvieron inseparables. Les gustaba recordar el día en que se vistieron por primera vez como cadetes y les hicieron un retrato con Jacinto Chacón, el tío de Arturo, en el barrio Almendral de Valparaíso. Tenían diez años.

«No veo para qué apareces tan firme», le decía siempre Prat al mirar la fotografía enmarcada. «Te ves como un viejo chico».

Pese a la alegría por compartir labores con su primo, Uribe tampoco tenía la mejor opinión de la Esmeralda. Sentía que sus superiores habían olvidado que la nave acogió a las unidades de formación de grumetes, cumpliendo así con la más alta función a la que podía aspirar un navío: la educación de su gente.

Está echando raíces en el fondeadero, escribió poco después el teniente Uribe en su cuaderno de bitácora. *Lleva puestos ciento cincuenta parches en sus calderos; y cada vez que se dispara un cañón, es un parche más. Las costuras se abren, las mamparas gimen, los calderos se rompen y todo el enmaderamiento parece que se lamenta cuando dispara un tiro de bala. Sin embargo, puede aún dejar el pabellón bien puesto*.

Pese al agobio y el aburrimiento, Prat y Condell cumplieron sus tareas de rutina: organizaron series de ejercicios físicos y tácticos a los que sumaron a la tripulación del viejo transporte Lamar, la otra nave chilena que permanecía en Iquique como una palangana que flotaba gris e inexpresiva a pocos metros.

Mientras la Covadonga realizaba patrullajes por la zona, Prat se

había empeñado en idear una estrategia de defensa basada en un cordón de minas navales, cuando no torpedos, pero la falta de materiales hizo imposible su idea.

Por más que lo intentara, por más que buscara entre las bodegas algún compuesto que reemplazara los químicos esenciales para los explosivos, lo más cerca que estuvo de lograrlo fue el día cuando hizo estallar un rústico recipiente con pólvora que había confeccionado a medias con el guardiamarina Arturo Fernández Vial. Era apenas un tarro lleno de fulminante que produjo un estallido acompañado de una discreta columna de agua a pocos metros de la proa. Ése fue todo el poder destructivo que logró, sin embargo bastó para que a la prefectura de Iquique llegara un rumor inquietante: los chilenos contaban con un circuito de minas navales.

Prat no imaginaba cuán útil resultaría esta noticia en los próximos días.

11

El teniente Uribe apoyó los codos sobre la baranda de la Esmeralda y miró fijo a la nave que tenía en frente. A su lado, el capitán Prat se subía el cuello de su chaquetón.

«La Virgen de la Covadonga. Ojalá Condell sepa cuidarla».

«Más le vale».

«Y más vale que nosotros ganemos esta guerra. Si no, la sublevación viene por seguro».

«Mientras Pinto les siga haciendo caso a los ricos y a los curas, estamos jodidos».

«¿Y si perdemos? ¿Has pensado qué carajos pasaría si perdemos? ¿Te imaginas a estos ñatos desembarcando en Valparaíso? ¿Te los imaginas entrando a Santiago, marchando por la Alameda, rompiendo la Biblioteca Nacional?».

«Va a ser una guerra larga. Ganar el mar es el comienzo. Mira el desierto. En este peladero va a estar lo bueno de verdad: cuando se pelee pueblo a pueblo, calle a calle; cuando entre tanta pampa no haya dónde arrancar».

«Va a quedar la grande».

«Y a muchos nunca los van a encontrar. ¿Crees que alguien será capaz de enterrar a tanto muerto donde corresponde?».

Prat y Uribe no dijeron nada más. A esa hora la tripulación cenaba en el comedor. Ellos habían preferido subir y beber una copa de coñac. Hicieron un brindis y dieron el primer sorbo. Atardecía frente a Iquique y la cadena de cerros costeros cambiaba de color hasta mimetizarse con la penumbra.

Sobre la cubierta de la Esmeralda se escuchaba el violín del guardiamarina Ernesto Riquelme tocando en el comedor. Eran melodías abovedadas, como si vinieran desde el fondo del mar. Poco después una brisa helada anunció la noche y con ello las últimas horas del martes 20 de mayo de 1879.

12

Iquique amaneció borroneado por la camanchaca. La cortina de vapor espeso y salitroso cubría el puerto desde la playa hasta el frontis descascarado de los edificios fiscales, pasaba por la cúpula torcida de la iglesia, por los techos de calamina de los galpones ferroviarios y se esparcía por el lomo de los cerros. La camanchaca lo envolvía todo y la vida se esfumaba entre la niebla.

Los marineros de la Covadonga que hacían el primer relevo del día no se cansaban de admirar lo que ocurría en esa época del año. A las seis en punto, sobre la cubierta de la goleta, todos se maravillaban con el avance de las lenguas de bruma. No les importaba que después apenas si pudieran distinguir lo que había a un metro delante de sus narices y comenzaban a chocar entre ellos, metían los pies en las escotillas o trastabillaban con el encordado.

«No sé para qué hacemos guardia. No se ve nada».

«Apuesto a que si nos echamos a dormir un ratito sobre los cordeles, nadie se daría cuenta».

Recién entrada la mañana, la camanchaca desaparecía y el paisaje iba recuperando su forma. Lo primero que se veía desde la Covadonga eran los cerros y luego la corbeta Esmeralda, que a esa hora semejaba un insecto de patas largas tumbado sobre las aguas al otro extremo de la rada.

Iquique amanecía además envuelto en un silencio apenas cortado por alguna garuma aventurada lejos del cobijo de los muelles. Era un sitio tan apacible que si no fuera por el barullo de los botes mariscadores, esa mañana habría recuperado su hálito de santuario, aquél de antes de la llegada de los primeros exploradores, cuando la magnífica entrada de agua albergaba multitudinarias colonias de lobos marinos y los asentamientos de toninas más grandes del continente. La zona también era refugio para aves que habían cruzado medio planeta para empollar sobre sus arenas nacaradas.

Pero no quedaba nada de eso. Si el despliegue de la naturaleza había sucumbido a la fundación de la ciudad y sus incansables embarcaderos de salitre, el silencio que despuntaba ese 21 de mayo únicamente era posible por otra razón: desde que se había iniciado el bloqueo de la flota chilena, la actividad de los muelles quedó reducida a cero; muchos de los barcos venidos del sur preferían pasar de largo, y así la población tenía pocos motivos para salir temprano de sus casas. Además, tras el bombardeo de la Esmeralda a la planta procesadora de agua potable, los iquiqueños vivían parapetados, como si hubieran sabido que la respuesta al ataque no vendría desde tierra, sino desde mar adentro y, cuando llegara la hora, se daría curso a la más feroz batalla naval que hasta entonces registrara su historia.

13

La alerta vino de la Covadonga. Poco después de las seis y media de la mañana, el llamado de los vigías hizo que Carlos Condell apurara el paso rumbo a cubierta.

«Fumarolas por el norte», anunciaron.

El capitán tomó su catalejo y vio que por sobre la línea del poniente comenzaba a definirse el blindaje anguloso del Huáscar.

La Covadonga se aproximó de inmediato a la Esmeralda. Para entonces Prat ya había observado desde su camarote los movimientos de la goleta y sospechó que algo no andaba bien. Una vez en cubierta, corroboró la noticia de parte del propio Condell, quien además le dijo que el monitor no venía solo: frente a Iquique había asomado también la fragata blindada Independencia.

«¿Está seguro, capitán?», preguntó Prat.

«No hay duda. Son ellos».

«La flota. Qué habrá pasado con la flota».

«Que Dios guarde a la flota donde mejor le quepa. Ahora debemos arreglárnoslas contra estos guanacos».

Minutos después, cada oficial reunió a su tripulación.

Prat hizo que todos en la Esmeralda comieran.

«Sirvan lo mejor, no se guarden nada», ordenó.

Si la batalla venía grande, lo menos que podía hacer su gente era enfrentarla con dignidad y eso partía por el estómago lleno. Mientras los veía comer, el capitán seguía preguntándose qué había pasado con la expedición que salió a El Callao, y por más que especulara, la única certeza era ese par de blindados que se venía encima. No podía esperar nada bueno.

Lo que Prat nunca sabría fue que el golpe maestro que esperaba dar el almirante Williams Rebolledo no llegó a concretarse, pues mientras las naves chilenas iban, las peruanas hacían lo propio en dirección contraria. Envueltas en la bruma, las escuadras se cruzaron mar

adentro y sin notarlo a treinta millas de distancia. De modo que los barcos chilenos llegaron al puerto peruano y no había nadie a quien cañonear —apenas se toparon con dos o tres de barcazas endebles—, en tanto Miguel Grau se enteraba en Arica de que Iquique estaba resguardado por las naves más modestas de la escuadra chilena. Era su oportunidad para recuperar el puerto.

Parecía el escenario perfecto: con Iquique liberado en pocos minutos, la intención del almirante era seguir hacia el sur, transformando en cenizas cada enclave militar chileno hasta llegar a Antofagasta, donde no solo esperaba destruir su planta procesadora de agua potable, sino también impedir que la zona fuese reforzada por una división de dos mil hombres venidos desde el sur. El Huáscar tenía de sobra para lograrlo: una torre giratoria con dos cañones capaces de lanzar proyectiles de ciento cincuenta kilos a trescientos kilómetros por hora; otra segunda línea de alcance regular y una ametralladora empotrada sobre cubierta. Como si no bastara, como si sus calderas con apenas diez años de uso no le brindaran la velocidad propicia, ni su blindaje fuese el más resistente de los conocidos hasta entonces —gracias a una decena de madrigueras fortificadas, su tripulación nunca quedaba expuesta al fuego enemigo—, el Huáscar podía almacenar hasta treinta toneladas de carbón y víveres para medio año. Además, contaba con un espolón de acero capaz de partir hasta los esquelones más duros de los barcos con que se cruzara.

«¡Ha llegado la hora de castigar a los enemigos de la patria!», arengó Grau a su tripulación sobre cubierta.

14

Gaspar Cabrales se llenó de aire los pulmones e hizo sonar el clarín con tres toques breves pero enérgicos. Lo hizo con el mismo ímpetu marcial con que había participado en la ocupación de Antofagasta a mediados de febrero. Luego, con los oídos aún tapados por el esfuerzo con el trompetín, sacó las baquetas que tenía en el bolsillo y redobló su tambor hasta que Prat lo detuvo poniendo una mano en su hombro. Cabrales, que entonces tenía quince años, se mantuvo firme a su izquierda mientras la tripulación se reunía alrededor de la toldilla de mando. Desde allí, el capitán veía al teniente Uribe, quien se había instalado en el extremo opuesto de la corbeta. Era el momento hablar.

«Atención, muchachos. Atención, camaradas», llamó Prat y pese a que iba a decir otra cosa, de pronto le vino al recuerdo la arenga de Cochrane la noche en que hubo de asaltar a la primera Esmeralda para arrebatársela a los españoles. Por alguna razón no había olvidado la proclama encendida del lord —«Yo espero que los chilenos se batirán como tienen costumbre»—, y ahora supo que era capaz de recitarla de memoria y también que no tendría otra oportunidad para estar a su altura. Había llegado la hora de alzar la voz y así lo hizo: «¡Muchachos, sabemos que la contienda es desigual, pero también que nuestra bandera nunca se ha arriado ante el enemigo y espero, pues, que no seamos los primeros en hacerlo! ¡Mientras yo esté aquí, mientras estemos aquí, nuestro pabellón permanecerá en su lugar, y si algo me llegara a ocurrir, sé que ustedes sabrán sacar esta tarea adelante!».

«¡Viva Chile!», bramó Uribe desde el castillo de proa y la réplica de la tripulación vino de inmediato.

Fueron doscientos hombres lanzando gritos de júbilo. Lo hicieron con tanta fuerza que más tarde algunos dirían que se escucharon hasta en el muelle de la aduana. Allí la población comenzaba a reunirse para presenciar el combate.

Tras la arenga, todo el mundo en la Esmeralda corrió a sus puestos. La misma nave que días antes parecía desahuciada, condenada a los patios de desarme, de pronto había recobrado la vitalidad. Los artilleros hacían cadenas para acopiar las cargas de la docena de cañones y otros repartían munición de fusil, porque donde el Huáscar los doblara en potencia, los tiradores chilenos confiaban ganar en puntería.

Los capitanes chilenos volvieron a arrimar sus naves pasadas las ocho de la mañana. Querían confirmar la estrategia de combate. Tal como lo habían discutido días antes, el mejor modo de enfrentar al enemigo era acercando las embarcaciones a la línea de la costa: así éste lo pensaría dos veces antes de cañonearlas con la ciudad detrás. Además, al moverse en aguas poco profundas, reducían el riesgo de ser perseguidos. Si aquello no funcionaba, si por algún infortunio se veían cercados, aún estaba la opción del abordaje.

Los comandantes no terminaban de hablar cuando una bala de treinta kilos pasó sobre sus cabezas y sacudió las aguas con estrépito. El cañonazo obligó a la Esmeralda y a la Covadonga a separarse de inmediato. Lo propio haría el pequeño transporte Lamar, que izó una bandera de Estados Unidos y se alejó hacia el sur. Gracias a esa estrategia fue que pudo llegar a Antofagasta con las primeras noticias del combate.

Pero el capitán Prat ni siquiera alcanzó a dar órdenes de timón cuando su corbeta se detuvo de golpe. En la sala de máquinas se escuchó una sucesión de chirridos y flatulencias de enfermo que antecedió a una bocanada de vapor y tizne. Entonces los gritos de los fogoneros confirmaron el estrago: dos de las calderas habían reventado y la Esmeralda quedaba con su capacidad de navegación reducida al mínimo. Prat ordenó al teniente Ignacio Serrano que bajara un bote para llenarlo con pólvora. Esperaba enviarlo hacia los barcos peruanos a modo de torpedo y así ganar tiempo, pero no había materiales suficientes con qué hacerlo estallar.

A lo lejos, el Huáscar y la Independencia habían izado sus banderas de combate y avanzaban decididos. En la playa de Iquique, en tanto, se aglomeraba una multitud.

15

La Covadonga fue la primera de las naves chilenas en disparar. Minutos después fue el turno la Esmeralda. En ambos casos se trató de tiros fallidos que pasaron como silbidos que iban a perderse en el horizonte. La respuesta peruana, al menos en el inicio, fue similar, aunque la altura de las columnas de agua que levantaban sus proyectiles dieron cuenta de una potencia incontrarrestable.

El capitán Prat se había instalado en la toldilla para dirigir las maniobras. Antes, sí, hizo lanzar por la borda el último envío de correspondencia de la tripulación y cualquier otro documento que en manos enemigas pudiera volverse en contra de la escuadra chilena. La decisión no había sido fácil, pues en aquel saco de papeles arrojados al mar estaban los veinte folios que llevaba escritos de lo que sería una nueva carta a Carmela; una en la que, más allá de recados urgentes, más que encargos de cuentas por pagar o trámites familiares, le hablaba de aquello que sin importar la distancia un padre nunca podía dejar de hacer: pedirle a su esposa que se cuidara, que besara por él a sus hijos y confiara en que tarde o temprano estaría de regreso de una guerra para la cual se había preparado toda su vida.

Y si las cosas salen mal y no vuelvo…, escribió y se quedó pensando cómo seguir. Esa fue su última frase en una página que quedó a medio terminar.

El capitán pensaba en esa línea interrumpida cuando a su espalda sintió un fuerte zumbido seguido de un estruendo: un cañonazo del Huáscar había impactado de lleno en la Covadonga.

La goleta de Condell quedó paralizada y desde la Esmeralda temieron lo peor. Por unos minutos dio la impresión de que la bala había matado a todos sus tripulantes, aunque luego vieron movimiento sobre cubierta. Como si fuera un animal aturdido que de

pronto se despereza, la Covadonga se sacudió los retazos de humo de pólvora que la rodeaban y enfiló hacia el sur.

«¿Qué diablos hace Condell?», preguntó Prat.

«Prefiero no responder», contestó el teniente Uribe, que para entonces se había echado un rifle al hombro. Iba a sumarse a los tiradores que esperaban la cercanía del Huáscar para hacerle frente.

En su cubierta la Covadonga llevaba a los dos primeros muertos de la jornada, y hubieran sido muchos más si Condell no hubiese aventurado la maniobra, pues a pocos metros de distancia la fragata blindada Independencia comenzaba a perseguirla.

16

El Huáscar era una fortaleza impenetrable. Su tripulación podía ver y disparar a través de ranuras de acero. Después de varias ráfagas inútiles, los tiradores de la Esmeralda intentaron meterles bala por allí. Aunque para eso necesitaban muy buena puntería.

«Habrá que echarle las cartas al buzón», susurró el sargento Aldea mientras arrastraba un cajón con municiones para sus compañeros de cubierta.

Cuarenta hombres se aprontaban a soltar una nueva andanada de fusilería cuando el monitor detuvo su marcha. Todos en la corbeta vieron con asombro a un pequeño bote que se le aproximaba desde el muelle. Al distinguir que lo tripulaban soldados peruanos, los rifleros quisieron disparar, pero Prat los hizo bajar la puntería, como si hubiera sabido que iban a trasmitirle a Grau una noticia urgente: que la Esmeralda —así lo dijeron— estaba cargada de torpedos y minas náuticas, que días antes ellos habían visto que hacía pruebas frente al embarcadero.

El Huáscar quedó detenido a seiscientos metros, cercano a las instalaciones del ferrocarril, y durante más de una hora no se movió de su sitio. Ante el temor de encontrarse con un enjambre de explosivos, el comandante peruano prefirió aumentar las descargas desde una distancia prudente. La Esmeralda hizo lo propio y el fuego cruzado produjo una humareda densa.

Si las balas de cañón y los tiros de rifle de los chilenos apenas rasguñaban la corteza blindada del Huáscar, gracias a la mala puntería de los artilleros peruanos —muchos eran nuevos en la tripulación—, la vieja corbeta tampoco sufrió daños.

No podían decir lo mismo en las calles de Iquique: varios proyectiles atravesaron paredes de oficinas públicas, volaron techos e hicieron caer carteles de almacenes. También perforaron un pequeño establo donde murieron dos yeguas y una decena de aves de corral acabaron

desplumadas en un amasijo irreconocible a causa de la metralla. Otros tiros pasaron en banda y no sería sino muchas décadas después, cuando las urbanizaciones llegaron cerca de los cerros, que las balas perdidas de aquel combate comenzaron a aparecer en patios de casas, plazoletas y hasta en una cancha de fútbol.

Pero los estragos de ese 21 de mayo no disminuyeron el fervor de la población. Menos después de que la guarnición del litoral ordenara apoyar al Huáscar con dos líneas de artillería y una cuadrilla de fusileros en tierra.

Al final de la jornada, el almirante Grau daría sus felicitaciones al prefecto Buendía por tal decisión, pues la lluvia de balas que hizo caer sobre la Esmeralda fue tal que no solo le causó las tres primeras bajas, también obligó a la corbeta a desplazarse hacia el norte. Precisamente gracias a ese movimiento fue que Grau tuvo una corazonada decisiva: la nave chilena nunca tuvo torpedos ni minas náuticas. Tampoco era cierto eso que algunos comentaban en El Callao: que detrás de su esquelón de maderas avejentadas y endebles, estaba blindada con planchas de acero.

«Están calatos. No tienen nada. Estos cojudos no tienen nada», susurró.

La línea de fuego instalada en trincheras a metros de la playa no cesó sus ráfagas durante diez minutos, luego vinieron los cañonazos desde las inmediaciones del hospital.

El ingeniero Juan Cabrera fue el único civil que estuvo en la corbeta el 21 de mayo. Días antes Prat le había encomendado fabricar torpedos y el combate lo tomó por sorpresa. Aunque le ofrecieron regresar a tierra, Cabrera prefirió quedarse como marinero y se las arregló para sobrevivir. Anotaría después:

> *El primer proyectil que nos dieron de tierra, al pegar en el cabillero, junto al último cañón de estribo, levantó una nube de astillas que cubrió a todos los de esa pieza y casi cegó al cabo que en ese momento apuntaba.*
>
> *Este hombre empezó a dar manotadas para sacarse las astillas de la cara y de la espesa barba que tenía, y volviéndose a la popa le dijo al capitán: «No es nada, señor», y continuó apuntando.*

Prat ordenó responder el ataque con cinco precisos cañonazos. Uribe, mientras, cruzaba el puente de mando para acelerar el retiro de los

heridos, a varios de los cuales las balas, más que incrustárseles, les habían volado las extremidades. La cubierta se transformó en un caos a medida que aumentaba el fuego de la artillería, en tanto el Huáscar hacía lo propio desde el frente contrario. En medio del tiroteo, el sargento Juan de Dios Aldea advirtió desde el cañón instalado en la proa que ahora una decena de botes salía del puerto en dirección al Huáscar. Al principio creyó que se trataba de civiles atemorizados, pero luego notó que eran soldados que iban a reforzar las líneas de fuego del barco peruano. Aldea dio la orden a tres rifleros de echarlos a pique, y habría llamado a un cuarto si al pasar por la base de un mástil no hubiera tropezado con lo que creyó era un muerto, pero al ver que el cuerpo se movía, el sargento se encuclilló hasta encontrarse frente a frente con el rostro pálido del corneta Gaspar Cabrales.

«¡No sea cobarde, caramba!», le gruñó, tomándolo con fuerza de un brazo para darle una patada en el culo. «¡Partió donde el comandante! ¡Allá tiene que ir usted!»

Tal era el miedo de Cabrales que apenas si podía estar de pie al lado de Prat. El capitán apuraba la reparación de las calderas luego de que recibieran un tiro que entró desde babor a estribor. Fue un plomazo, una bala enorme que arrastró las tripas del animal herido en que comenzaba a transformarse la Esmeralda.

La bala pasó por la cámara de oficiales llevándose mesas, sillas, y fue a romper al otro lado, abriendo un boquete de un metro y medio, escribiría desde prisión Luis Uribe, el segundo comandante. *Yo me encontraba inspeccionando el pasaje de granadas y como a cuatro pasos de mi camarote. Un momento no más que hubiera tardado el proyectil y no estaría ahora con la pluma en la mano*.

Los minutos que siguieron fueron confusos. Algunos comenzaban a quitarse la ropa y los zapatos en caso de que tuvieran que nadar, al tiempo que otros, alentados por el capitán Prat, se vestían con su mejor uniforme. Si no salían victoriosos, pensaban, que al menos la muerte los hallara engalanados; y si desde el comienzo habían corrido botellones de coñac mezclado con agua para infundir valor, ahora éstos sirvieron para que muchos hicieran sus últimos brindis antes de lo que fuera a ocurrir.

Allí estaba el sargento Aldea pasando la botella entre los hombres de cubierta, y abajo, en los camarotes, a falta de copas entre tantos vidrios rotos, los tenientes Uribe, Serrano y el guardiamarina Zegers alzaban sus cuencos de caldo con coñac.

«¡Esta sí que es la última, camaradas, pero sepan que estoy dispuesto a todo contra estos conchas de su madre!», dijo Serrano y regresó a cubierta vociferando arengas a los cañoneros instalados a babor.

Después de Serrano, el otro en subir fue Uribe, de modo que por un instante el guardiamarina Zegers se quedó solo en el camarote. Arriba, sobre la cubierta, los gritos de los heridos se confundían con las voces del teniente Serrano.

Los «¡Viva Chile!» se multiplicaron conforme se supo que el Huáscar preparaba su primera embestida, cuando aquella envidiable obra de ingeniería naval, el orgullo de los más de trescientos técnicos y obreros que le habían diseñado y construido en los astilleros de Birkenhead, sobre el Támesis, frente a Liverpool, se aprontó a dejarse caer sobre la Esmeralda. Serían mil ciento treinta toneladas de metal fundido pegándole de lleno a la corbeta chilena que aleteaba como un pájaro envenenado.

Pero el guardiamarina Zegers no se movía del camarote. Proteger su pescuezo era el modo de cumplir con el encargo que poco antes le hiciera el capitán Prat, cuando lo hizo llamar a la toldilla de mando para decirle que una vez que todo terminara y él, salvado por su buena estrella, llegara hasta Valparaíso, cumpliese con contarle a su esposa, a su Carmela, que en la inminencia del desastre, en la antesala del camino sin retorno, sus últimos recuerdos y sus últimos votos de esposo, habían sido para ella y sus hijos.

«Zegers, por favor tenga presente mi encargo: dígale a mi mujer que no he hecho sino pensar en ella y en nuestros hijos; dígale que se cuide, que se cuiden».

El guardiamarina lo miró impávido, como solo podría hacerlo un hombre que con todas sus fuerzas trata de no quebrarse frente a otro hombre.

17

El Huáscar avanzó recto hacia la Esmeralda. A medida que se acercaba, sus calderas daban bufidos de bestia prehistórica. Mientras más próximo, mayor era también el bullicio que se oía entre los marineros chilenos. Gritaban, maldecían gesticulando con los brazos al cielo, mostraban sus fusiles, sus cuchillos, sus hachas y sus estoques como si con ello, en vez de ahuyentar, quisieran atraer al enemigo. Tenían la certeza de que había momentos de los que no se podía escapar y otros que nadie deseaba perderse. Entonces que viniera, que viniera ese mastodonte, porque lo estarían esperando en la cubierta con barandas de palo, que viniera no más, decían, a ver quién es más gallo.

El espolón del Huáscar cortó el agua de la bahía a medida que se aproximaba a la Esmeralda. Todos sabían que las cosas podrían resolverse en un par de minutos: un trancazo en el vientre y esperar a que el mar hiciera lo suyo.

Prat pidió un último esfuerzo a los fogoneros para esquivar el impacto. Así lograron moverse los metros suficientes para sufrir el espolonazo por babor antes que en la popa, tal como la presa recibe en sus cuartos traseros el arañazo del depredador.

La Esmeralda crujió como un gallinero viejo y parte de su estructura se desencajó en un amasijo de maderas rotas y fierros retorcidos. Pero eso no fue todo, pues las naves no terminaban de empalmarse y el Huáscar descargó su ametralladora sobre la cubierta de la corbeta. Fue en ese instante cuando desde la toldilla el capitán ordenó el abordaje. Hubo tres llamados a ocupar el acorazado, pero en medio del caos y con el blindado retrocediendo con rapidez, la tripulación apenas los oyó, por lo que al saltar solo le acompañaban el sargento Juan de Dios Aldea y el marinero Luis Ugarte, quien al cabo perdió el equilibrio y cayó al mar, para después ser recogido por sus compañeros de la Esmeralda y seguir combatiendo.

Prat avanzó con su espada por la cubierta desolada, mientras que a pocos pasos de distancia y sin tiempo para reaccionar, Aldea caía acribillado de doce balazos que le partieron los huesos de las piernas y de los brazos. Él escuchó los gritos de su sargento y también los últimos toques del corneta Cabrales antes de que una bala le arrancara la cabeza. Prat oía disparos y estruendos como rocas partiéndose bajo sus pies, oía el silbido de las balas y el rumor de mar gruesa que crecía a su alrededor. Hasta que de pronto no supo nada más: un ventarrón helado lo envolvió desde la cabeza a los pies, su vista se nubló de rojo y las rodillas no pudieron sostener el peso de su cuerpo. Prat quedó envuelto en un silencio negro hasta que poco a poco distinguió la vieja hacienda de San Agustín de Puñual y el patio de tierra donde jugaba; vio la fachada de su primera escuela en Nueva San Diego; vio el funeral de Blanco Encalada, las calles de Santiago anegadas de barro y a los alumnos de su primera clase en la Esmeralda; vio a su padre inmóvil en un camino cubierto de arbustos húmedos, a su madre enseñándole música en un piano y a sus hermanos Ricardo y Rodolfo sentados detrás, frente a una ventana amarilla; vio a Carmela envuelta en una nube de pájaros —eran mirlos— y luego de pie en un altar iluminado por un anillo de velas encendidas y después apagadas por un ventarrón que arrastraba árboles. Prat sintió que la cubierta del Huáscar se rajaba como el vientre de un animal gigante y el abismo se abría bajo sus botines salpicados de sangre espesa y ennegrecida de pólvora.

Entonces volvió el silencio.

Después, nada.

18

El teniente Uribe vio caer el cuerpo de Prat y de inmediato fue hacia la toldilla a tomar el mando de la nave. Le temblaban las manos y sentía un vacío en el estómago, pero a medida que avanzaba por la cubierta, la sensación de vértigo se transformó en furia. Comenzó a gritar instrucciones y también a maldecir. Quienes lo vieron de cerca dirían que Uribe botaba chispas por los ojos.

La Esmeralda se había llenado de cadáveres y los que aún resistían caminaban en un lodo espeso hecho de sangre, vísceras, pólvora, agua de mar, casquillos de bala, alambres torcidos, jirones de ropa y maderas rotas. Todos buscaban municiones para seguir disparando al Huáscar, que luego del primer espolonazo había retrocedido esperando la rendición. Pero aquello no ocurrió y con su prismático Grau vería que un grumete de cara tiznada trepaba por un mástil y, en vez de un trapo blanco, afirmaba a martillazos la bandera chilena. El muchacho sabía que lo observaban desde lejos y con una mano se tomó la entrepierna y la sacudió con furor.

«¡Pico, conchetumadre! ¡Pico que nos rendimos!», gritó para júbilo de sus compañeros que lo miraban desde abajo.

«Acá peleamos todos o nos morimos todos», dijo Uribe mientras cargaba un rifle que había tomado de las manos de un marinero muerto.

Grau movió la cabeza en señal de hastío. No quería que la Esmeralda siguiera dando pelea. No quería hundirla. Es más: por un momento la imaginó anclada en El Callao como trofeo de guerra. La imaginó, muchos años después, visitada por niños de escuela y estudiada por los nuevos grumetes. Se vio a él mismo narrando el modo en que la había capturado.

«Vamos de nuevo», resopló y las calderas del acorazado comenzaron a bufar otra vez.

Uribe había decidido un nuevo abordaje, ahora a cargo del teniente

Ignacio Serrano. El plan no tenía alternativa: lo único que quedaba era saltar con cuantas cuerdas y ganchos hubiera disponibles, amarrar la corbeta al Huáscar y hacer estallar la santabárbara para que ambos barcos se fueran a pique.

La segunda arremetida fue tan rápida como la primera, aunque ahora hizo una abertura que inundó las calderas y la bodega de municiones. Pese a la fuerza del golpe, el teniente logró saltar revólver en mano. Iba seguido por una docena de tripulantes de distintos rangos y ocupaciones que pudieron esquivar el fuego que volvió a barrer la cubierta de la Esmeralda.

Los hombres avanzaron algunos metros por el blindado. Iban en fila hasta que se encontraron de frente con un grupo de tiradores peruanos que les disparó a quemarropa.

«¡No hay que darse, muchachos!», gritó el teniente Serrano antes de recibir un balazo en el vientre.

Muy pocos alcanzaron a combatir: la mayoría murió de inmediato. Los heridos cayeron al agua y de ellos nadie supo más nada.

19

El Huáscar silenció por un instante sus cañones y volvió a retroceder. Faltaban pocos minutos para el mediodía cuando la Esmeralda comenzó a inclinarse.

«Vamos de nuevo», dijo Grau.

Los últimos cañonazos del Huáscar habían destrozado los camarotes de los oficiales y la enfermería. El impacto de algunos fue tan grande que mató al instante a buena parte de los médicos que vendaban a los heridos para que siguieran combatiendo. Otra bala cayó cerca de la toldilla, donde se había refugiado un grupo de ayudantes del timonel. La mayoría no pasaba los catorce años.

Pero eso no fue todo: una granada había reventado en medio de la sala de máquinas justo cuando era desalojada. Tres ingenieros, dos mecánicos, un maese de víveres, el despensero, el sangrador y dos carpinteros fueron despedazados por el estallido.

Había cadáveres que quedaban divididos y cauterizados, apuntaría después uno de los sobrevivientes del grupo de artilleros. *A cada momento se encontraban piernas y brazos que no se sabía de quiénes eran. No creo que haya otros ejemplos de un combate tan horrible*.

Los últimos hombres en condiciones de dar pelea eran alentados por los toques de corneta de Crispín Reyes, un cabo que arengó a los cañoneros hasta que, tal como su predecesor, una bala le arrancó la cabeza. La corneta de combate fue recogida por Pantaleón Cortés, un grumete que colaboró en el acarreo de municiones desde la santabárbara antes de que ésta se inundara. Cortés había alcanzado a disparar varios tiros y juraba que había sido capaz de meter uno por las hendijas del blindado.

«Toque, caramba. No deje de tocar», bramaba el teniente Uribe mientras recargaba su fusil en medio de la gruesa nube de humo negro que había envuelto a la corbeta.

La multitud reunida en el embarcadero vio entre murmullos el

instante cuando el Huáscar retrocedió un par de millas y luego aceleró para asestar el espolonazo definitivo.

El teniente Uribe y los que seguían vivos en la cubierta de la Esmeralda comenzaron a aligerar sus ropas. Muchos de los optimistas que rato antes se habían puesto sus mejores trajes ahora se deshacían de ellos como si fueran trapos viejos. Mientras los moribundos intentaban aferrarse a algún madero antes de caer al agua, hubo otros que no quitaron el ojo de la mira de sus fusiles y seguían disparando mecánicamente, pasando balas como si no importara nada más: disparar aunque todas las municiones rebotaran, disparar aunque el pellejo de ese búfalo negro que se les venía encima fuese indestructible.

El guardiamarina Ernesto Riquelme era uno de ellos. Después de quedar atrás para el segundo abordaje, se halló de pronto con que era el último de los artilleros en condiciones de hacer funcionar su cañón, y así lo hizo hasta el instante en que el espolón del Huáscar golpeó por tercera vez en la Esmeralda, esta vez de lleno.

Si hasta hacía poco la Esmeralda era un nudo de tablones, fierros y cuerdas humeantes, ahora estaba a punto de romperse en dos. Con los tripulantes arrinconados en la toldilla de mando, la corbeta comenzó a hundirse por la proa y, a medida que se inclinaba, los muertos y los heridos rodaron por la pendiente hacia el fondo del mar.

Riquelme vio pasar a varios de ellos en el instante en que cargaba el último tiro de su cañón —y vio también su violín que se perdía entre los trastos que flotaban desperdigados—. Con el agua hasta la cintura, Ernesto Riquelme Venegas, el hijo del primer taquígrafo de Chile, el estudiante de derecho a quien el capitán Prat había convencido de que vistiera su uniforme, el que estudió música en Inglaterra y desde sus años de alumno del Instituto Nacional publicó poesía y artículos literarios en periódicos juveniles y tenía entre sus tesoros una primera edición de *De la tierra a la Luna* firmada por Verne, ahora, a poco de haber cumplido los veintisiete años, cargaba la munición en medio de la humareda y disparaba el último cañonazo de la Esmeralda; una última descarga sobre la coraza del Huáscar que rebotaría como los más de doscientos tiros que recibió sin provocársele daño alguno.

A las doce horas y diez minutos del 21 de mayo de 1879, el guardiamarina Riquelme sintió que un remolino comenzaba a tirarlo de los pies.

Tercera parte

Aldea

1

La decisión de amputar el brazo del sargento Aldea requería de varias consideraciones. Una de ellas implicaba informar al teniente Luis Uribe, entonces su superior directo tras la muerte del comandante de la Esmeralda.

Tal como los otros sobrevivientes, Uribe estaba arrestado en el segundo piso del cuartel Salvadora de la Compañía de Bomberos de Iquique. Por orden del prefecto Buendía, los marinos recibieron ropa, comida y mantas para dormir. También octavillas de papel crudo para que escribieran a sus familias. Varios se miraron extrañados al ver las hojas que pasaban de mano en mano. En una esquina del salón algunos permanecían acostados y otros, los más jóvenes, mataban las horas asomados por las ventanas.

La gobernación de Iquique había dispuesto a una decena de guardias como punto fijo, pero éstos poco podían hacer cuando comenzaron los insultos entre quienes iban por la calle y los chilenos presos. A ratos era tal el griterío que los soldados peruanos no tenían otra opción que corretear a los vecinos provocadores como si espantaran gallinas. Por supuesto, varios guardias tuvieron de inmediato un sobrenombre de parte de los chilenos. Entre otros, eran:

El perfil griego.
El aceituna con orejas.
El cejas de escobillón.
El jote baleado.
El cabeza de maceta.
El mechas de clavo.

Así se entretenían los tripulantes de la Esmeralda antes de que Gariazzo llegara a comunicar a Uribe la situación del sargento Aldea y el procedimiento que correspondía practicarle. La sala estaba apenas

iluminada con dos pequeñas lámparas que le daban un aire fúnebre a la visita. El teniente escuchó atento y asintió resignado a cada detalle. Gariazzo hubiese querido ser optimista, decir que todo iba salir bien, pero notó que Uribe ya no lo oía, que apenas si tenía fuerzas para mirarlo mientras le hablaba. Lo mismo pasó con los marineros que había a su alrededor y que llegaron poco a poco a escuchar la conversación: un semicírculo de hombres jóvenes que pasó en segundos del bullicio a la tristeza. Varios ni siquiera pestañeaban. Al boticario no le quedó otra que estrecharle la mano al teniente y despedirse con un gesto de los demás.

2

Gariazzo regresó al hospital y de inmediato se integró al grupo que estaba en el pabellón. Junto a Ego-Aguirre había dos enfermeros y una pareja de italianos jóvenes que atendía la botica cuando su dueño viajaba a Lima a conseguir productos. Ellos también colaboraban con el hospital si faltaban manos para atender alguna emergencia como la de ese 21 de mayo. Al ver el desastre que había en el muelle tras el combate, los ayudantes del boticario se presentaron en el hospital a apoyar en lo que hiciera falta.

El cirujano había dibujado en una pequeña pizarra las mejores opciones para despegar los músculos de los huesos. Hizo tres bosquejos hasta que resolvió efectuarlo a la altura del tercio superior, justo donde habían detectado una nueva fractura que aceleraría el procedimiento. En cuanto a su pierna derecha, solo resolverían conforme evolucionara la primera operación, pues en ésta el panorama era tanto o más desalentador: había dos fisuras con salida de bala, una a la altura del muslo y la otra en la rodilla.

«De milagro no le estalló la rótula», susurró uno de los enfermeros.

«Muy bien», dijo el cirujano Ego-Aguirre y el grupo se acercó a la camilla.

Mientras dos sujetaron a Aldea de los hombros, otro le sostuvo el pecho para que no se levantara. Gariazzo, en tanto, preparaba un cubo con desinfectante para sumergir la pinza que el cirujano utilizaría tras limpiar la herida.

El sargento Aldea había bebido dos nuevos jarros de aguardiente mezclado con coñac y hierba del toro, de forma que casi no advirtió cuando Ego-Aguirre comenzó a retirar los trozos de carne muerta. Al cabo de diez minutos, el médico estiró un brazo hacia atrás y Gariazzo puso en su mano el mango del serrucho, también libre de gérmenes.

«Respire profundo, chileno», le dijo.

3

La operación terminó pasada la medianoche. El equipo completo que había atendido a Aldea salió del pabellón y entró a una oficina donde el doctor Ego-Aguirre preparó un poco de café. Nadie hablaba. Nadie quería comentar nada. Gariazzo apuró su taza con tragos largos y dijo que necesitaba descansar.

El grupo salió del hospital y caminó en silencio hasta llegar a una pequeña plaza. Allí cada uno siguió rumbo a su casa. A esa hora las calles de Iquique estaban impregnadas de un rocío con olor a algas frescas que al boticario, lejos de relajarlo, lo inquietaba: tenía la impresión de que el mar se estaba saliendo por alguna parte e iba a inundarlo todo.

Caminó en línea recta varias cuadras. Sin notarlo, ya no pensaba en el mar, sino en qué podría ganarse la vida el chileno si lograba recuperarse, en qué clase de trabajos podría hacer con un solo brazo.

Volvió a ver al sargento Aldea poco después de las once de la mañana. De inmediato advirtió que su ánimo había decaído y el efecto de los analgésicos empezaba a desaparecer.

«Tome esto», dijo al extenderle un jarro con infusiones.

Gariazzo permaneció con él hasta avanzada la tarde. Aldea estaba consciente pero casi no abrió los ojos, salvo cuando el boticario tuvo que despedirse. Al ver que el marinero se sobresaltaba, le hizo un gesto para que no se esforzara.

«Avisen a mi Remigia, avisen a Chillán», volvió a decir Aldea.

«Así lo haremos».

Gariazzo entró a la oficina del doctor Ego-Aguirre. Sobre su mesa tenía un carpetón lleno de papeles con documentos del hospital. Casi todos eran pedidos, notificaciones, permisos, actas. Se veía abrumado con el trabajo de escritorio pero no quiso ser descortés con el italiano.

«Escuche», le dijo.

Ego-Aguirre tomó un papel doblado en cuatro partes. Lo desplegó y

leyó en voz alta: «El suscrito, José E. Butron, inspector de los registros del estado civil del Consejo Provincial, fue informado y cerciorado de la muerte a bordo de la Esmeralda, en la bahía de Iquique, de don Arturo Prat y Chacón, de treinta y un años de edad, natural y vecino de Santiago de Chile, de profesión marino, comandante del buque chileno Esmeralda, que falleció en el combate con el Huáscar; de raza blanca, de estado casado con Carmen Carvajal, natural de Chile, vecina de Valparaíso. Son testigos de este acto don Benigno C. Posada y don Guillermo Arredondo, que firman la presente acta conmigo, el inspector informante. Datarία Civil Municipal. En Iquique, a los 22 días del mes de mayo de 1879». «Qué cosa, ¿no?», dijo Gariazzo.

«Así es. Quizás cuánto tiempo tomará que le avisen a su mujer».

El boticario no dijo nada.

No sabía qué decir.

4

Adolfo Gariazzo regresó al día siguiente al hospital. Antes desayunó con Joana, su mujer, que se había levantado temprano y preparó huevos y un plato con carne de pollo deshilachada. Ella no necesitó que le contaran nada. La expresión de Gariazzo mientras sorbía el té con una cucharilla era suficiente.

«¿Sigues pensado que debiéramos irnos de acá?», le preguntó ahora él cuando la mirada fija de su mujer se le hizo intolerable.

«Dicen que la guerra va a durar mucho tiempo», dijo ella. «Y nosotros estamos en el medio».

«Pase lo que pase, donde vayamos no vamos a ganar ni tampoco vamos a perder».

«Pero no te olvides de que nos volaron el cartel de la botica con un cañonazo. Esa bala pudo haber entrado por la ventana».

«Pronto me preocuparé de eso».

«Así lo espero. Pronto te preocuparás de eso».

Gariazzo terminó su taza de té y tomó un pan para echárselo en el bolsillo del pantalón envuelto en una servilleta. Llegó al hospital junto a los italianos que habían colaborado en la operación, pero no alcanzaron a entrar a la sala cuando se encontraron con Ego-Aguirre. El cirujano traía en sus manos un trapo ensangrentado. La hemorragia había vuelto y el sargento chileno comenzaba a agonizar.

«Quedará un enfermero de punto fijo todo el tiempo que sea necesario», dijo el doctor.

5

El cuerpo de Juan de Dios Aldea fue retirado de la sala de recuperación en las primeras horas del sábado 24 de mayo de 1879. Estaba cubierto con una sábana blanca y fue depositado sobre una camilla con ruedas de madera. Permaneció en la morgue hasta la mañana, cuando dos enfermeros y un delegado de la prefectura lo condujeron al cementerio. Allí le quitaron la sábana y dejaron el cadáver solo con las vendas que cubrían sus heridas. El oficial decidió que fuese sepultado frente a las tumbas del capitán Prat y del teniente Serrano, a seis pasos de la pared frente a la línea del ferrocarril que llevaba hacia el sur.

6

Al verlo venir a una cuadra de distancia, los marineros asomados en la ventana del cuartel comenzaron a saludarlo, al tiempo que gritaban hacia adentro que venía el doctor, que venía el doctor a contar cómo estaba Aldea.

Gariazzo llegó al segundo piso y se encontró con que Uribe y sus hombres lo esperaban en silencio. Durante mucho tiempo recordaría el momento porque estuvo hecho con el silencio de tantos hombres juntos. Sintió que el puerto completo se detenía a escuchar lo que iba a decir, pues sería en ese preciso instante y no antes, no al término de la hemorragia fatal ni cuando el cuerpo fue puesto en la carreta y llevado la tumba, que el sargento Aldea iba a morir en realidad.

Al oírlo, el teniente Uribe buscó con la mirada una de las ventanas del salón y fijó su vista en un punto impreciso entre los tejados de las casas vecinas.

«Muchas gracias por intentar salvarlo. Gracias también por avisar».

«Hubiera querido que todo resultara distinto, pero la situación era...»

«Lo sé».

Adolfo Gariazzo se despidió con una corta reverencia del grupo, pero no alcanzó a llegar a la puerta de la sala cuando Uribe le habló.

«Doctor», le dijo acercándose con un trozo de papel. «Anote su nombre. Por si yo no vuelvo a Chile y sea otro el que deba contar lo que usted hizo por Aldea» y bajó la voz hasta convertirla en un susurro: «Aquí no todos saben leer ni escribir».

Gariazzo escribió su apellido y le regresó el papel.

«Cuando haya terminado la guerra sabremos compensarlo».

«Antes deberán ganarla, teniente».

El boticario salió del cuartel de bomberos rumbo a su casa. Cada vez

que pasaba por alguna calle empinada, veía al Huáscar anclado en la rada de Iquique, luego pensaba en el sargento chileno y en lo único que pidió que hicieran por él: avisar a su Remigia, avisar a Chillán.

Apenas llegó a su casa, lo primero que hizo Adolfo Gariazzo fue buscar un mapa. A esa misma hora llovía en Santiago de Chile y las calles se llenaban de barro. Comenzaban a llegar las primeras noticias de lo que había ocurrido en Iquique.

Ñuñoa, 2009-2018

Título original: *Prat, una tragedia*

Edición en formato digital: agosto de 2018

© 2018, Patricio Jara
© 2018, © 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-325-408-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl